

ISBN 85-7341-319-0

ALLANKARDEC

Traducción de:
Alipio González Hernández

Portada:
César França de Oliveira

Derechos reservados

7ª edición - noviembre/2004

20.501 al 23.500 ejemplares

Impreso en el Brasil – Printed in Brazil



INSTITUTO DE DIFUSÃO ESPÍRITA
Av. Otto Barreto, 1067 - Caixa Postal 110
CEP 13602-970 - Araras - SP - Brasil
Fone (55-19) 3541-0077 - Fax (55-19) 3541-0966
C.G.C. (MF) 44.220.101/0001-43
Inscrição Estadual 182.010.405.118

www.ide.org.br
info@ide.org.br
ventas@ide.org.br

COLECCIÓN DE ORACIONES ESPÍRITAS



MENSAJE FRATERNAL

Apartado Postal 22 28 Caracas 1010-A - Venezuela.
Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.
Telfs. (58-2) 472 13 25 - 472 77 46 - 472 92 89.
mensajefraternal@telcel.net.ve

ÍNDICE

RESUMEN DE LA DOCTRINA ESPÍRITA	9
PEDID Y SE OS DARÁ	19
Cualidades de la oración	19
Eficacia de la oración	21
Acción de la oración. Transmisión del pensamiento	25
Oraciones inteligibles	32
De la oración para los muertos y para los Espíritus que sufren	33
Instrucciones de los Espíritus	37
Modo de orar	37
Alegría de la oración	40
COLECCIÓN DE ORACIONES ESPÍRITAS	42
Preámbulo	42
Oraciones Generales	45
Oración dominical	45
Reuniones Espíritas	56
Para los médiums	60
Oraciones para sí mismo	64
A los ángeles guardianes y a los Espíritus protectores	64
Para alejar a los malos Espíritus	68
Para corregirse de un defecto	69
Para pedir la fuerza de resistir a una tentación	71
Acción de gracias por la victoria obtenida contra la tentación	73
Para pedir un consejo	73
En las aflicciones de la vida	75
Acción de gracias por un favor obtenido	76
Acto de sumisión y resignación	77
En un peligro inminente	80
Acción de gracias después de haber salido de un peligro	80
En el momento de dormirse	81
Cuando se prevé una muerte próxima	83
Oraciones para otros	86
Para alguien que esté en aflicción	86
Acción de gracias por un beneficio concedido a otro	87
Para nuestros enemigos y para los que nos quieren mal	88
Acción de gracias por el bien concedido a nuestros enemigos	90
Para los enemigos del Espiritismo	90
Para un niño recién nacido	94
Para un agonizante	97
Oraciones para los que ya no están	
en la Tierra	98
Para los recién fallecidos	98
Para las personas que se han amado	103
Para las almas que sufren y piden oraciones	105
Para un enemigo muerto	107
Para un criminal	108
Para un suicida	109
Para los Espíritus arrepentidos	111
Para los Espíritus endurecidos	112
Oraciones para los enfermos y obsesos	116
Para los enfermos	116
Para los obsesos	119

RESUMEN DE LA DOCTRINA ESPÍRITA *

Los mismos seres que se comunican se designan, como lo dijimos, con el nombre de Espíritus o genios y aseguran haber pertenecido, por lo menos algunos, a hombres que vivieron sobre la Tierra.

Constituyen el mundo espiritual, como nosotros constituimos, durante la vida, el mundo corporal.

Resumimos así, en pocas palabras, los puntos más importantes de la doctrina que nos transmitieron, para responder más fácilmente a ciertas objeciones.

* *El libro de los Espíritus* - Allan Kardec - Introducción, VI.

“Dios es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno.

Creó el Universo que comprende a todos los seres animados e inanimados, materiales e inmateriales.

Los seres materiales constituyen el mundo visible o corporal y los seres inmateriales el mundo invisible o espírita, es decir, el de los Espíritus.

El mundo espírita es el mundo normal, primitivo, eterno, preexistente y sobreviviente a todo.

El mundo corporal no pasa de ser secundario; podría dejar de existir, o no haber existido jamás, sin alterar la esencia del mundo espírita.

Los Espíritus revisten, temporalmente, una envoltura material perecedera, cuya destrucción, por la muerte, los vuelve libres.

Entre las diferentes especies de seres corpóreos, Dios escogió la especie humana para la encarnación de los Espíritus que alcanzaron un cierto grado de desarrollo, lo cual les da la superioridad moral e intelectual sobre todos los otros.

El alma es un Espíritu encarnado, cuyo cuerpo es sólo una envoltura.

Tres cosas existen en el hombre: Primera, el

cuerpo o ser material análogo al de los animales y animado por el mismo principio vital; Segunda, el alma o ser inmaterial, Espíritu encarnado en el cuerpo; Tercera, el lazo que une el alma al cuerpo, principio intermedio entre la materia y el Espíritu.

Así, pues, el hombre tiene dos naturalezas: por el cuerpo, participa de la naturaleza de los animales, de los cuales tiene el instinto; y por el alma, participa de la naturaleza de los Espíritus.

El lazo o **periespíritu** que une el cuerpo y el Espíritu es una especie de envoltura semimaterial. La muerte es la destrucción de la envoltura más grosera, el Espíritu conserva la segunda, que constituye para él un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en estado normal, pero que puede, accidentalmente, hacerse visible y hasta tangible, como ocurre en el fenómeno de las apariciones.

Así, pues, el Espíritu no es un ser abstracto, indefinido, que solo el pensamiento puede concebir; es un ser real, circunscrito, que en ciertos casos, es apreciable por los sentidos de la **vista**, del **oído** y del **tacto**.

Los Espíritus pertenecen a diferentes clases y no son iguales ni en poder, ni en inteligencia, ni en saber, ni en moralidad.

Los de primer orden son los Espíritus superiores, que se distinguen de los demás por su perfección, sus conocimientos y su proximidad a Dios, la pureza de sus sentimientos y su amor al bien; son los ángeles o Espíritus puros. Las otras clases se alejan más y más de esa perfección; los de las clases inferiores están inclinados a la mayor parte de nuestras pasiones: al odio, la envidia, los celos, el orgullo, etc.; y se complacen en el mal. Entre ellos, los hay que no son ni muy buenos ni muy malos, más embrollones e inoportunos que malos, la malicia y las inconsecuencias parecen ser su diversión: son los Espíritus traviesos o ligeros.

Los Espíritus no pertenecen perpetuamente al mismo orden. Todos progresan, pasando por los diferentes grados de la jerarquía espírita.

Este progreso ocurre por medio de la encarnación, que es impuesta a unos como expiación y a otros como misión. La vida material es una prueba que deben soportar repetidas veces, hasta que hayan alcanzado la perfección absoluta. Es una especie de examen severo o depuratorio, de donde salen más o menos purificados.

Dejando el cuerpo, el alma vuelve al mundo de los Espíritus, de donde había salido, para tomar una nueva existencia material, después de un lapso de

tiempo más o menos largo, durante el cual permanece en estado de Espíritu errante.

Debiendo pasar el Espíritu por varias encarnaciones, resulta de eso que todos tuvimos diversas existencias y que tendremos aún otras, más o menos perfeccionadas, bien sea sobre la Tierra, o en otros mundos.

La encarnación de los Espíritus ocurre siempre en la especie humana y sería un error creer que el alma o Espíritu pueda encarnarse en el cuerpo de un animal (1).

Las diferentes existencias corporales del Espíritu siempre son progresivas y jamás retrógradas; pero la rapidez del progreso depende de los esfuerzos que hacemos para alcanzar la perfección.

Las cualidades del alma son las mismas que las del Espíritu que está encarnado en nosotros; así, el hombre de bien es la encarnación de un Espíritu bueno, y el hombre perverso la de un Espíritu impuro.

El alma tenía su individualidad antes de la

(1) Entre esta doctrina de la reencarnación y la de la metempsicosis, tal como la admiten ciertas sectas, existe una diferencia característica que es explicada en el curso de esta obra.

encarnación y la conserva después de su separación del cuerpo.

A su regreso al mundo de los Espíritus, el alma encuentra allí a todos aquellos que conoció sobre la Tierra, y todas sus existencias anteriores se retratan en su memoria con el recuerdo de todo el bien y de todo el mal que hizo.

El Espíritu encarnado está bajo la influencia de la materia; el hombre que supera esa influencia por la elevación y purificación de su alma, se aproxima a los Espíritus buenos con los cuales estará un día. Aquel que se deja dominar por las malas pasiones y cifra toda su alegría en la satisfacción de los apetitos groseros, se aproxima a los Espíritus impuros, dando preponderancia a la naturaleza animal.

Los Espíritus encarnados pueblan los diferentes globos del Universo.

Los Espíritus no encarnados o errantes no ocupan una región determinada y circunscrita, sino que están en todas partes, en el espacio y a nuestro lado, viéndonos y codeándose incesantemente con nosotros; es toda una población invisible que se agita a nuestro alrededor.

Los Espíritus ejercen, sobre el mundo moral e incluso sobre el mundo físico, una acción incesante.

Actúan sobre la materia y sobre el pensamiento, y constituyen una de las potencias de la Naturaleza, causa eficiente de una multitud de fenómenos inexplicados o mal explicados hasta ahora, y que sólo encuentran una solución racional en el Espiritismo.

Las relaciones de los Espíritus con los hombres son constantes. Los Espíritus buenos nos incitan al bien, nos sustentan en las pruebas de la vida y nos ayudan a soportarlas con valor y resignación; los malos nos incitan al mal: y les es placentero vernos sucumbir y equipararnos a ellos.

Las comunicaciones de los Espíritus con los hombres son ocultas u ostensibles. Las ocultas ocurren por la buena o mala influencia que ejercen sobre nosotros sin que lo sepamos; corresponde a nuestro juicio discernir las buenas y las malas inspiraciones. Las comunicaciones ostensibles se verifican por medio de la escritura, de la palabra, o de otras manifestaciones materiales, y lo más frecuente a través de los médiums que le sirven de instrumento.

Los Espíritus se manifiestan espontáneamente o por evocación. Se pueden evocar a todos los Espíritus, lo mismo a los que animaron a hombres oscuros, como a los de los más ilustres personajes, cualquiera que sea la época en la que hayan vivido; así

los de nuestros parientes y amigos como a los de nuestros enemigos, y obtener en comunicaciones escritas o verbales, consejos, informaciones sobre su situación en el más allá, de sus pensamientos respecto a nosotros, así como las revelaciones que les son permitidas hacernos.

Los Espíritus son atraídos en razón de su simpatía por la naturaleza moral del medio que los evoca. Los Espíritus superiores se alegran en las reuniones serias donde prevalece el amor al bien y el deseo sincero de instruirse y mejorarse. Su presencia ahuyenta a los Espíritus inferiores que encuentran, por el contrario, libre acceso y pueden actuar con toda libertad entre las personas frívolas o guiadas tan solo por la curiosidad y donde quiera que encuentren malos instintos. Lejos de obtener de ellos buenas advertencias o enseñanzas útiles, pues no se deben esperar sino futilidades, mentiras, bromas pesadas o mistificaciones, porque con frecuencia usurpan nombres venerables para mejor inducir en el error.

Es sumamente fácil distinguir los Espíritus buenos de los malos. Pues, el lenguaje de los Espíritus superiores es constantemente digno, noble, inspirado por la más alta moralidad, libre de toda pasión inferior; sus consejos exaltan la más pura sabiduría, y tienen siempre como objetivo nuestro progreso y el bien de la

Humanidad. El de los Espíritus inferiores es, por el contrario, inconsecuente, con frecuencia trivial y hasta grosero; si dicen a veces cosas buenas y verdaderas; con más frecuencia las dicen falsas y absurdas por malicia o por ignorancia. Se divierten con la credulidad y se distraen a expensas de los que los interrogan, alardeando de su vanidad, alimentando sus deseos con falsas esperanzas. En resumen, las comunicaciones serias, en la total acepción de la palabra, sólo se obtienen en los centros serios, en aquellos cuyos miembros están unidos por una comunión de pensamientos para el bien.

La moral de los Espíritus superiores se resume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica: “Hacer a los demás lo que quisiéramos que a nosotros se nos hiciese”; es decir, hacer el bien y no el mal. En este principio encuentra el hombre la regla universal de conducta, hasta para sus menores acciones.

Nos enseñan que el egoísmo, el orgullo, y la sensualidad, son pasiones que nos aproximan a la naturaleza animal y nos prenden a la materia; que el hombre que, desde este mundo, se desprende de la materia despreciando las futilidades mundanas y practicando el amor al prójimo, se aproxima a la naturaleza espiritual; que cada uno de nosotros debe ser útil con arreglo a las facultades y a los medios que

Dios, para probarle, ha puesto en sus manos; que el Fuerte y el Poderoso deben apoyo y protección al Débil, porque el que abusa de su fuerza y de su poder, para oprimir a su semejante, viola la ley de Dios. Enseñan, en fin, que en el mundo de los Espíritus, donde nada puede ocultarse, el hipócrita será desenmascarado y todas sus torpezas descubiertas; que la presencia inevitable y perenne de aquellos con quienes nos hemos portado mal, es uno de los castigos que nos están reservados y que al estado de inferioridad y de superioridad de los Espíritus son inherentes penas y goces desconocidos en la Tierra.

Pero nos enseñan también que no hay faltas irremisibles, y que no puedan ser borradas por la expiación. En las diferentes existencias, encuentra el hombre el medio que le permite avanzar, según sus deseos y sus esfuerzos, en la senda del progreso y hacia la perfección que es su objetivo final”.

Este es el resumen de la Doctrina Espírita, según resulta de la enseñanza dada por los Espíritus superiores. Veamos ahora las objeciones que se le oponen.

PEDID Y SE OS DARÁ *

Cualidades de la oración. – Eficacia de la oración. – Acción de la oración. Transmisión del pensamiento. – Oraciones inteligibles. – De la oración para los muertos y para los Espíritus que sufren. – *Instrucciones de los Espíritus*: Modo de orar. – Alegría de la oración.

CUALIDADES DE LA ORACIÓN

1. *Cuando oréis, no os asemejéis a los hipócritas, que se complacen en orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser*

* *El Evangelio Según el Espiritismo* - cap. XXVII - Allan Kardec.

vistos por los hombres. En verdad os digo, ellos recibieron su recompensa. Mas cuando quisiereis orar, entrad en vuestro aposento y estando cerrada la puerta, orad a nuestro Padre en secreto; y nuestro Padre que ve lo que pasa en secreto, os recompensará.

No cuidéis orar mucho en vuestras oraciones, como lo hacen los gentiles, que piensan sea por la multitud de palabras que serán oídos. No os volváis, pues, semejantes a ellos, porque nuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis. (San Mateo, cap. VI, v. 5 a 8).

2. *Cuando os presentéis para orar, si tuviereis alguna cosa contra alguno, perdonadle, para que nuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también los pecados. Si vosotros no perdonareis, nuestro Padre, que está en los cielos, tampoco perdonará vuestros pecados. (San Marcos, cap. XI, v. 25 y 26).*

3. *Él contó también esta parábola a unos que confiaban en sí mismos, como si fuesen justos y despreciaban a los otros.*

Dos hombres subieron al templo a orar; el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios mío, gracias os doy porque no soy como los otros hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno

dos veces por semana y doy el diezmo de todo lo que poseo.

Mas el publicano, por el contrario, manteniéndose distante, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo; mas golpeaba su pecho diciendo: Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador.

Os digo que éste regresó justificado entre los suyos y no el otro; porque cualquiera que se enaltece será humillado y cualquiera que se humilla será enaltecido. (San Lucas, cap. XVIII, v. 9 a 14).

4. Las cualidades de la oración están claramente definidas por Jesús; cuando oréis dice él, no os pongáis en evidencia; orad en secreto y no afectéis rogar mucho, porque no será por la multitud de palabras que seréis oídos, sino por su sinceridad; antes de orar, si tenéis alguna cosa contra alguien, perdonádsela, porque la oración no podría ser agradable a Dios sino sale de un corazón purificado de todo sentimiento contrario a la caridad; en fin, orad con humildad, como el publicano y no con orgullo como el fariseo: examinad vuestros defectos y no vuestras cualidades, y si os comparáis con otros, buscad lo que hay de malo en vosotros. (Cap. X, números 7 y 8).

EFICACIA DE LA ORACIÓN

5. *Todo lo que pidieris orando, creed que lo*

recibiréis y os será concedido. (San Marcos, cap. XI, v. 24).

6. Hay personas que niegan la eficacia de la oración fundándose en el principio de que, conociendo Dios nuestras necesidades, es superfluo exponérselas. Aun añaden que, encadenándose todo en el Universo por leyes eternas, nuestro votos no pueden cambiar los decretos de Dios.

Sin ninguna duda, hay leyes naturales e inmutables que Dios no puede derogar a capricho de cada uno; pero de esto a creer que todas las circunstancias de la vida están sometidas a la fatalidad, es grande la distancia. Si fuese así, el hombre sólo sería un instrumento pasivo, sin libre albedrío y sin iniciativa. En esta hipótesis no habría más que doblar la cabeza al golpe de los acontecimientos, sin procurar evitarlos y por lo tanto, no se hubiera procurado desviar el rayo. Dios no le ha dado el discernimiento y la inteligencia para no servirse de ellos, ni la voluntad para no querer, ni la actividad para estar en la inacción. Siendo libre el hombre para obrar en un sentido o en otro, sus actos tienen para sí y para los otros, consecuencias subordinadas a lo que hace o deja de hacer; hay acontecimientos que por su iniciativa escapan forzosamente a la fatalidad sin que por esto se destruyan la armonía de las leyes universales, como el avance o el retraso de las agujas de un péndulo no destruye la ley

del movimiento, sobre la cual está establecido el mecanismo. Dios puede acceder a ciertas súplicas sin derogar la inmutabilidad de las leyes que rigen el conjunto, quedando siempre su acción subordinada a su voluntad.

7. Sería ilógico deducir de esta máxima: “Todas las cosas que pidieris orando, creed que las recibiréis”, que basta pedir para obtener y sería injusto acusar a la Providencia porque no concede todo pedido que le es hecho, pues ella sabe, mejor que nosotros, lo que es para nuestro bien. Hace lo mismo que un padre prudente que rehusa a su hijo las cosas contrarias al interés de éste. Generalmente el hombre sólo ve el presente; mas si el sufrimiento es útil para su futura felicidad, Dios le dejará que sufra, como el cirujano deja sufrir al enfermo en la operación que debe conducirlo a la curación.

Lo que Dios le concederá, si se dirige a Él con confianza, es valor, paciencia y resignación. También le concederá los medios para que él mismo salga del conflicto, con ayuda de las ideas que le sugiere por medio de los buenos Espíritus, dejándoles de este modo todo el mérito; Dios asiste a los que se ayudan a sí mismos, según esta máxima: “Ayúdate y el cielo te ayudará”, y no a aquellos que todo esperan de un socorro extraño, sin hacer uso de sus propias facultades; pero, generalmente se prefiere ser socorrido

por un milagro, sin hacer nada. (Cap. XXV, números 1 y siguientes).

8. Pongamos un ejemplo. Un hombre se ha perdido en el desierto y sufre una sed horrible; siéntese desfallecer y se deja caer en el suelo; entonces, ruega a Dios que le asista y espera; pero ningún ángel viene a traerle agua. Sin embargo, un buen Espíritu le ha *sugerido* el pensamiento de levantarse, seguir uno de los senderos que se presentan ante él, y entonces por un movimiento maquinal, reúne sus fuerzas, se levanta y marcha a la ventura. Llega a una colina y descubre a lo lejos un arroyuelo, y ante esta vista, recobra ánimo. Si tiene fe exclamará: “Gracias, Dios mío, por el pensamiento que me habéis inspirado y por la fuerza que me habéis dado”. Si no tiene fe, dirá: “¡Qué buen pensamiento *he tenido!* ¡Qué *suerte* tuve de haber tomado el camino de la derecha más bien que el de la izquierda! ¡La casualidad, verdaderamente, nos sirve bien algunas veces! ¡Cuánto me felicito por mi valor en no dejarme abatir!”

Pero, se dirá, ¿por qué el buen Espíritu no le dijo claramente: “Siga esta senda y al extremo encontrarás lo que necesitas?” ¿Por qué no se le manifestó, para guiarle y sostenerle en su abatimiento? De este modo, quedaría convencido de la intervención de la Providencia. Primero, fue para enseñarle que es preciso ayudarse a sí mismo y

hacer uso de sus propias fuerzas. Además, por tal incertidumbre, Dios pone a prueba su confianza y sumisión a su voluntad. Este hombre estaba en la situación de un niño que cae y si ve a alguno, grita y espera que le vayan a levantar; si no ve a nadie, hace esfuerzos y se levanta sólo.

Si el ángel que acompañó a Tobías le hubiese dicho: “Soy el enviado de Dios para guiarte en tu viaje y preservarte de todo peligro”, Tobías no hubiera tenido ningún mérito; confiando en su compañero, no tendría ni siquiera necesidad de pensar; por esto el ángel no se dio a conocer hasta el regreso.

ACCIÓN DE LA ORACIÓN. TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO

9. La oración es una invocación; por ella un ser se pone en comunicación mental con otro ser al que se dirige. Puede tener por objeto hacer un pedido, dar gracias o glorificar. Se puede orar para sí mismo, para otro, para los vivos y para los muertos. Las oraciones dirigidas a Dios son oídas por los Espíritus encargados de la ejecución de su voluntad, y las que se dirigen a los buenos Espíritus son transmitidas a Dios. Cuando se ora a otros seres y no a Dios, sólo es con el título de intermediarios, de intercesores, porque nada se puede hacer sin la voluntad de Dios.

10. El Espiritismo hace comprender la acción de la oración, explicando el modo de transmisión del pensamiento, ya sea cuando el ser a quien se ruega venga a nuestro llamamiento, o cuando nuestro pensamiento llega a él. Para formarse una idea de lo que sucede en esta circunstancia, es necesario imaginarse que todos los seres, encarnados y desencarnados, sumergidos en el fluido universal que ocupa el espacio, como aquí en este mundo lo estamos en la atmósfera. Ese fluido recibe el impulso de la voluntad; es el vehículo del pensamiento, como el aire lo es del sonido, con la diferencia de que las vibraciones del aire están circunscriptas, mientras que las del fluido universal se extienden al infinito. Luego, cuando el pensamiento se dirige hacia un ser cualquiera que está en la Tierra o en el espacio, de encarnado a desencarnado, o de desencarnado a encarnado, se establece una corriente fluídica entre los dos, la cual trasmite el pensamiento como el aire trasmite el sonido.

La energía de la corriente está en razón del vigor del pensamiento y de la voluntad. Por eso, la oración es oída por los Espíritus, en cualquier lugar que se encuentren, como los Espíritus se comunican entre sí, como nos transmiten sus inspiraciones y como se establecen relaciones a distancia entre los encarnados.

Esta explicación, es sobre todo, para aquellos

que no comprenden la utilidad de la oración puramente mística; no tiene como objetivo materializar la oración, sino con el fin de hacer comprensible su efecto, mostrando que puede tener una acción directa y efectiva. Por esto, no queda menos subordinada a la voluntad de Dios, juez supremo de todas las cosas y el único que puede hacer su acción efectiva.

11. Por la oración, el hombre llama el concurso de los buenos Espíritus, que vienen a sostenerle en sus buenas resoluciones y a inspirarle buenos pensamientos; adquiere de esta forma, la fuerza moral necesaria para vencer las dificultades y volver a entrar en el camino recto si se apartó de él, así como también puede desviar de sí los males que se atrae con sus propias faltas. Un hombre, por ejemplo, ve su salud deteriorada por los excesos que cometió, arrastrando hasta el fin de sus días una vida de sufrimientos; ¿tiene acaso, derecho a quejarse si no consigue la curación? No, porque podría haber encontrado en la oración la fuerza necesaria para resistir las tentaciones.

12. Si se dividiesen los males de la vida en dos partes, una compuesta de aquellos que el hombre no puede evitar y la otra de las tribulaciones cuya primera causa es él mismo por su incuria y sus excesos (Capítulo V, número 4), se vería que ésta sobrepasa de mucho en número a la primera. Es, pues, evidente, que el hombre es el autor de la mayor parte de sus aflicciones, y que

se las ahorraría si obrase siempre con sabiduría y prudencia.

No es menos cierto que estas miserias son el resultado de nuestras infracciones a las leyes de Dios, y que si observásemos puntualmente esas leyes, seríamos perfectamente felices. Si no traspasáramos el límite de lo necesario en la satisfacción de nuestras necesidades, no tendríamos las enfermedades que son consecuencia de los excesos y las vicisitudes que esas enfermedades ocasionan. Si pusiéramos límite a nuestra ambición, no temeríamos la ruina. Si no quisiéramos subir más alto de lo que podemos, no temeríamos caer. Si fuésemos humildes, no sufriríamos las decepciones del orgullo humillado. Si practicáramos la ley de caridad, no maldeciríamos ni seríamos envidiosos, ni celosos, y evitaríamos las querellas y las disensiones. Si no hiciéramos mal a nadie, no temeríamos las venganzas, etc.

Admitamos que el hombre no pueda nada sobre los otros males; que toda oración sea superflua para preservarse de ellos; ¿no sería ya mucho el que pudiera evitar todos los que provienen de sí mismo? Pues aquí la acción de la oración se concibe fácilmente, porque tiene por objeto evocar la inspiración saludable de los buenos Espíritus, pidiéndoles fuerza para resistir a los malos pensamientos, cuya ejecución puede sernos funesta. En este caso *no es que nos apartan del mal,*

sino que nos desvían a nosotros mismos del pensamiento que puede causar ese mal; en nada entran los decretos de Dios ni suspenden el curso de las leyes de la naturaleza; sólo nos impiden infringir estas leyes dirigiendo nuestro libre albedrío; pero lo hacen sin nuestro conocimiento, de manera oculta, para no encadenar nuestra voluntad. El hombre se encuentra entonces, en la posición de aquél que solicita buenos consejos y los pone en práctica, pero que siempre es libre de seguirlos o no. Dios quiere que sea así para que tenga la responsabilidad de sus actos y le deja el mérito de la elección entre el bien y el mal. Esto es lo que el hombre siempre está seguro de obtener si lo pide con fervor y es a lo que sobre todo pueden aplicarse estas palabras: “Pedid y se os dará”.

La eficacia de la oración, incluso reducida a esta proporción, ¿acaso, no tendría un resultado inmenso? Estaba reservado al Espiritismo el probarnos su acción por la revelación de los intercambios que existen entre el mundo corporal y el mundo espiritual. Pero no se limitan a esto sus efectos.

La oración es recomendada por todos los Espíritus; renunciar a la oración es desconocer la bondad de Dios; es renunciar para sí mismo a su asistencia, y para otros al bien que puede hacerseles.

13. Accediendo Dios al pedido que se le dirige,

con frecuencia, tiene la mira de recompensar la intención, la devoción y la fe del que ora; por este motivo la oración del hombre de bien tiene más mérito a los ojos de Dios y es siempre más eficaz, porque el hombre vicioso y malo no puede orar con el fervor y la confianza que sólo se logra con el sentimiento de la verdadera piedad. Del corazón del egoísta, de aquel que ora sólo con los labios, no pueden salir sino palabras, pero no los impulsos de la caridad que dan a la oración todo su poder. Eso es tan comprensible, que, por un movimiento instintivo, la persona se recomienda con preferencia a las oraciones de aquellos cuya conducta se cree sean agradables a Dios, porque son más escuchados.

14. Si la oración ejerce una especie de acción magnética, podría creerse que su efecto está subordinado a la potencia fluídica, pero no es así. Puesto que los Espíritus ejercen esta acción sobre los hombres, suplen cuando es necesario la insuficiencia del que ora, ya obrando directamente *en su nombre*, sea dándole momentáneamente una fuerza excepcional, cuando se le juzga digno de este favor, o cuando la cosa pueda ser útil.

El hombre que no se cree bastante bueno para ejercer una influencia saludable, no por esto debe abstenerse de rogar por otro, con el pensamiento de que no es digno de ser escuchado. La conciencia de

su inferioridad es una prueba de su humildad siempre agradable a Dios, que toma en cuenta la intención caritativa que le anima. Su fervor y su confianza en Dios son un primer paso para la vuelta al bien, en el cual los Espíritus son felices de poderle alentar. La oración que no se escucha es la del *orgullosa que sólo tiene fe en su poder y en sus méritos, creyendo poder substituirse a la voluntad del Eterno.*

15. El poder de la oración está en el pensamiento; no se concreta a las palabras, ni al lugar, ni al momento que se hace. Se puede, pues, orar en todas partes y a todas horas, estando solo o acompañado. La influencia del lugar o del tiempo está en relación de las circunstancias que pueden favorecer el recogimiento. *La oración en común, tiene una acción más poderosa, cuando todos aquellos que oran se asocian de corazón a un mismo pensamiento y tienen un mismo objeto*, porque es como si muchos levantasen la voz juntos y unísonos; pero, ¡qué importaría estar reunidos en gran número, si cada uno obrase aisladamente y por su propia cuenta personal! Cien personas reunidas pueden orar como egoístas, mientras que dos o tres, unidas en común aspiración, orarán como verdaderos hermanos en Dios y su oración tendrá más fuerza que la de los otras cien. (Cap. XXVIII, números 4 y 5).

ORACIONES INTELIGIBLES

16. *Si no entiendo lo que significan las palabras, yo seré bárbaro para aquel a quien hablo y aquel que me habla será bárbaro para mí.* Si oro en una lengua que no entiendo, *mi corazón ora, pero mi inteligencia está sin fruto.* Si no alabareis a Dios sino con el corazón, *¿cómo un hombre, entre los que no entienden sino su propia lengua, dirá Amén, al final de vuestra acción de gracias, pues no sabe lo que habéis dicho? No es que vuestra acción no sea buena, mas los otros de ella no están edificados.* (San Pablo, Primera Epístola a los Corintios, cap. XIV, v. 11, 14, 16 y 17).

17. La oración sólo tiene valor por el pensamiento al que se vincula, y es imposible unir el pensamiento a lo que no se comprende, porque lo que no se comprende no puede conmover el corazón. Para la inmensa mayoría, las oraciones en un lenguaje incomprensible sólo son un conjunto de palabras que nada dicen al espíritu. Para que la oración conmueva, es preciso que cada palabra despierte una idea y si no se comprende no puede despertar ninguna. Se repite como una simple fórmula, suponiéndole más o menos virtud según el número de veces que se repite; muchos oran por deber y otros por costumbre; por esto creen haber cumplido su deber cuando han dicho una oración

un número de veces determinado, siguiendo tal o cual orden. Dios lee en el fondo del corazón y ve el pensamiento y la sinceridad, sería rebajarle creerle más sensible a la forma que al fondo. (Cap. XXVIII, número 2).

DE LA ORACIÓN PARA LOS MUERTOS Y PARA LOS ESPÍRITUS QUE SUFREN

18. La oración es reclamada por los Espíritus que sufren; les es útil, porque viendo que piensan en ellos, se sienten menos abandonados y son menos infelices. Pero la oración tiene sobre ellos una acción más directa; les levanta el ánimo, les excita el deseo de elevarse por el arrepentimiento y la reparación, y puede desviarles del pensamiento del mal; en este sentido es como pueden aliviarse y aun abreviarse sus sufrimientos. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte: Ejemplos).

19. Ciertas personas no admiten la oración por los muertos, porque en su creencia sólo hay para el alma dos alternativas: ser salvada o condenada a las penas eternas, y en uno y en otro caso la oración sería inútil. Sin discutir el valor de esta creencia, admitamos por un instante la realidad de las penas eternas e irremisibles, y que nuestras oraciones sean impotentes para ponerles un término. Nosotros

preguntamos si, en esta hipótesis, es lógico, caritativo y cristiano desechar la oración por los condenados. Estas oraciones, por impotentes que sean para salvarles, ¿no son para ellos una señal de piedad que puede aliviar su sufrimiento? en la Tierra, cuando un hombre está condenado para siempre, aun cuando no tenga ninguna esperanza de obtener gracia, ¿se prohíbe a una persona caritativa que vaya a sostener sus cadenas para aligerarle el peso? Cuando alguno es atacado por un mal incurable, porque no ofrece ninguna esperanza de curación, ¿ha de abandonarsele sin ningún consuelo? Pensad que entre los condenados puede encontrarse una persona querida, un amigo, tal vez un padre, una madre o un hijo, y porque, según vosotros, no podría esperar gracia, ¿rehusaríais darle un vaso de agua para calmar su sed, un bálsamo para curar sus heridas? ¿No haréis por él lo que haríais por un prisionero? ¿Rehusaríais darle un testimonio de amor, un consuelo? No; esto no sería cristiano. Una creencia que reseca el corazón no puede aliarse con la de un Dios que coloca en primer lugar entre los deberes el amor al prójimo.

La no eternidad de las penas no implica la negación de una penalidad temporal, porque Dios, en su justicia, no puede confundir el bien con el mal; así, pues, negar en este caso la eficacia de la oración, sería negar la eficacia del consuelo, de la reanimación

y de los buenos consejos; sería negar la fuerza que logramos de la asistencia moral de los que nos quieren bien.

20. Otros se fundan en una razón más engañosa, en la inmutabilidad de los decretos divinos y dicen: Dios no puede cambiar sus decisiones por la demanda de sus criaturas, pues sin esto nada sería estable en el mundo. El hombre, pues, nada tiene que pedir a Dios; sólo tiene que someterse y adorarle.

En esta idea hay una falsa aplicación de la inmutabilidad de la ley divina, o más bien, ignorancia de la ley en lo que concierne a la penalidad futura. Esta ley la han revelado los Espíritus del Señor, hoy que el hombre está en disposición de comprender lo que, en la fe, está conforme o es contrario a los atributos divinos.

Según el dogma de la eternidad absoluta de las penas, no se le toman en cuenta al culpable ni su remordimiento, ni su arrepentimiento; para él todo deseo de mejorarse es superfluo, puesto que está condenado al mal perpetuamente. Si está condenado por un tiempo determinado, la pena cesará cuando el tiempo haya expirado; pero, ¿quién asegura que, entonces, él habrá cambiado para mejores sentimientos? ¿Quién dice que, a ejemplo de muchos de los condenados de la Tierra, a su

salida de la cárcel no será tan malo como antes? En el primer caso, sería mantener en el dolor del castigo a un hombre que se volviera bueno; en el segundo, agradecer al que continuase culpable. La ley de Dios es más previsora que esto; siempre justa, equitativa y misericordiosa, no fija duración a la pena, cualquiera que sea; se resume así:

21. “El hombre sufre siempre la consecuencia de sus faltas; no hay una sola infracción a la ley de Dios que no tenga su castigo.

La severidad del castigo es proporcionada a la gravedad de la falta.

La duración del castigo por cualquier falta que sea, *es indeterminada y está subordinada al arrepentimiento del culpable y su retorno al bien*; la pena dura tanto como la obstinación en el mal; sería perpetua si la obstinación fuera perpetua; es de corta duración si el arrepentimiento es pronto.

Desde que el culpable clame por misericordia, Dios lo oye y le envía la esperanza. Pero el simple remordimiento de haber hecho mal no basta; pues falta la reparación; por esto el culpable está sometido a nuevas pruebas, en las cuales puede, siempre por su voluntad, hacer el bien y reparar el mal que ha hecho.

Así, el hombre, es constantemente el árbitro de

su propia suerte; pudiendo abreviar su suplicio o prolongarlo indefinidamente. Su felicidad o su desgracia dependen de su voluntad de hacer el bien.”

Tal es la ley; ley *inmutable* y conforme a la bondad y a la justicia de Dios.

El Espíritu culpable e infeliz puede, de este modo, salvarse a sí mismo; la ley de Dios le dice con qué condición puede hacerlo. Con frecuencia, lo que le falta es voluntad, fuerza y valor; si con nuestras oraciones lo inspiramos, si lo sostenemos y lo animamos, y con nuestros consejos le damos las luces que le faltan, *en lugar de solicitar a Dios que derogue su ley, venimos a ser los instrumentos para la ejecución de su ley de amor y de caridad*, de la cual participamos nosotros mismos, dando una prueba de caridad. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Primera parte, Cap. IV, VII y VIII).

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

MODO DE ORAR

22. El primer deber de toda criatura humana, el primer acto que debe señalar para ella el retorno a la vida activa de cada día, es la oración. Casi todos vosotros rezáis, pero ¡cuán pocos saben orar! ¡Qué importan al Señor las frases que juntáis maquinalmente,

porque tenéis esta costumbre, que es un deber que llenáis y que, como todo deber, os pesa!

La oración del cristiano, del *Espírita*, de cualquier culto que sea, debe ser hecha desde que el Espíritu ha vuelto a tomar el yugo de la carne. Debe elevarse a los pies de la majestad divina, con humildad, con profundidad, en un arrebatado de gratitud por todos los beneficios concedidos hasta ese día y por la noche que se ha pasado, durante la cual os ha sido permitido, si bien inconscientemente, volver al lado de vuestros amigos, de vuestros guías, para absorber con su contacto más fuerza y perseverancia. Debe elevarse humilde a los pies del Señor, para recomendarle vuestra debilidad, pedirle su apoyo, su indulgencia y su misericordia. Debe ser profunda, porque vuestra alma es la que debe elevarse hacia el Creador, la que debe transfigurarse como Jesús en el Tabor, y volverse blanca y radiante de esperanza y amor.

Vuestra oración debe encerrar la súplica de las gracias que os sean necesarias, pero de una necesidad real. Es, pues, inútil pedir al Señor que abrevie vuestras pruebas y que os dé los goces y la riquezas; pedidle que os conceda los bienes más preciosos de la paciencia, de la resignación y de la fe. No digáis lo que muchos entre vosotros: “No vale la pena orar, porque Dios no me escucha”. ¿Qué le pedís a Dios la mayoría

de las veces? ¿Habéis pensado muchas veces en pedirle vuestro mejoramiento moral? ¡Oh! No, muy pocas; más bien pensáis en pedirle *el éxito de vuestras empresas terrestres*, y exclamasteis: “Dios no se ocupa de nosotros; si se ocupara no habría tantas injusticias”. ¡Insensatos! ¡Ingratos! Si descendieseis al fondo de vuestra conciencia, casi siempre encontraríais en vosotros mismos el origen de los males de que os quejáis. Pedid, pues, ante todo, vuestro progreso y veréis que torrente de gracias y consuelos se esparcirá sobre vosotros. (Capítulo V, número 4).

Debéis orar sin cesar, sin que por esto os retiréis a vuestro aposento o que os pongáis de rodillas en plazas públicas. La oración del día es el cumplimiento de vuestros deberes, de todos vuestro deberes sin excepción, cualquiera que sea su naturaleza. ¿No es un acto de amor hacia el Señor el que asistáis a vuestros hermanos en cualquier necesidad moral o física? ¿No es hacer un acto de reconocimiento, elevar vuestro pensamiento hacia Él, cuando una alegría os llega, cuando se evita un accidente, cuando una contrariedad sólo os aflora, si decís con el pensamiento: *Bendito seáis, Padre mío?* ¿No es un acto de contrición el humillaros ante el Juez Supremo cuando sentís que habéis fallado, aunque sólo sea de pensamiento, al decirle: *Perdóname, Dios mío, porque he pecado (por orgullo, por egoísmo o por falta de caridad); dadme*

fuerzas para que no falte más y el valor necesario para reparar la falta?

Esto es independiente de las oraciones regulares de la mañana y de la noche, y de los días que a ella consagréis; pero, como veis, la oración puede hacerse siempre sin interrumpir en lo más mínimo vuestros trabajos; por el contrario, los santifican. Y creed bien que uno sólo de estos pensamientos, saliendo del corazón, es más escuchado por nuestro Padre Celestial que largas oraciones dichas por costumbre, a menudo sin causa determinada, y *a las cuales conduce maquinalmente la hora convenida.* (V. Monod, Bordeaux, 1862).

ALEGRÍA DE LA ORACIÓN

23. Venid los que queréis creer: los Espíritus celestes acuden y vienen a anunciaros cosas grandes; Dios, hijos míos, abre sus tesoros para ofreceros todos sus beneficios. ¡Hombres incrédulos! ¡Si supieseis cuánto bien hace la fe al corazón y cómo conduce el alma al arrepentimiento y a la oración! La oración ¡ah! ¡Cómo son conmovedoras las palabras que salen de la boca que ora! La oración es un rocío divino que destruye, el excesivo calor de las pasiones; hija primogénita de la fe, nos lleva al sendero que conduce a Dios. En el recogimiento y la soledad, estáis con

Dios; para vosotros no hay ya misterios, ellos se os revelan. Apóstoles del pensamiento, para vosotros es la vida; vuestra alma se desprende de la materia y recorre esos mundos infinitos y etéreos que los pobres humanos desconocen.

Marchad, marchad por los caminos de la oración y oiréis las voces de los ángeles. ¡Qué armonía! No más los ruidos confusos y la entonación aguda de la Tierra; son las liras de los arcángeles; son las voces dulces y suaves de los serafines, más ligeras que las brisas de la mañana, cuando juguetean en los follajes de vuestros grandes bosques. ¡Entre cuántas delicias no caminaréis! ¡Vuestro lenguaje no podrá definir esa felicidad; cuánto más entre por todos los poros, tanto más vivo y refrescante es el manantial de donde se bebe! ¡Dulces voces, embriagadores perfumes que el alma siente y saborea cuando se lanza a esas esferas desconocidas y habitadas por la oración! Sin mezcla de carnales deseos, todas las aspiraciones son divinas. También vosotros orad, como el Cristo, llevando su cruz desde el Gólgota al Calvario; llevad vuestra cruz y sentiréis las dulces emociones que pasaban por su alma, aunque cargado con un madero infamante; iba a morir, pero para vivir de la vida celeste en la morada de su Padre. (San Agustín, París, 1861).

COLECCIÓN DE ORACIONES ESPÍRITAS

PREÁMBULO

1. Los Espíritus siempre dijeron: “La forma no es nada, el pensamiento lo es todo. Orad, cada uno según vuestras convicciones y del modo que más os conmueva, pues un buen pensamiento vale más que numerosas palabras extrañas al corazón”.

Los Espíritus no prescriben ninguna fórmula absoluta de oraciones; cuando las dan es con el fin de fijar las ideas, y, sobre todo, para llamar la atención sobre ciertos principios de la Doctrina Espírita. Es también con el objetivo de ayudar a las personas que tienen dificultades para expresar sus ideas, porque las hay que no creerían haber orado en realidad si sus pensamientos no hubiesen sido formulados.

* *El Evangelio Según el Espiritismo*, Cap. XXVIII - Allan Kardec.

La colección de oraciones que contiene este capítulo es una selección de las que fueron dictadas por los Espíritus en diferentes circunstancias; ellos dictaron otras y en otros términos, apropiadas a ciertas ideas o a casos especiales; pero poco importa la forma, si el pensamiento fundamental es el mismo. El objeto de la oración es elevar nuestra alma a Dios; la diversidad de las fórmulas no debe establecer ninguna diferencia entre los que creen en Él y aún menos entre los adeptos del Espiritismo, porque Dios las acepta todas cuando son sinceras.

No debe considerarse esta colección como un formulario absoluto, sino como una variedad entre las instrucciones que dan los Espíritus. Es una aplicación de los principios de la moral evangélica, desarrollados en este libro, y un complemento a sus dictados sobre los deberes para con Dios y el prójimo, en donde se recuerdan todos los principios de la Doctrina.

El Espiritismo reconoce como buenas las oraciones de todas los cultos, cuando son dictadas por el corazón y no con los labios; no impone ni censura ninguna de ellas; Dios es muy grande, según él, para rechazar la voz que le implora o que canta sus alabanzas, porque lo hace de un modo antes que de otro. *Todo el que anatematizase las oraciones que no están en su formulario, probaría que desconoce la*

grandeza de Dios. Creer que Dios se vincula a una fórmula, es atribuirle la pequeñez y las pasiones de la humanidad.

Una condición esencial de la oración, según San Pablo (cap. XXVII, número 16), es que sea inteligible, a fin de que pueda hablar a nuestro espíritu; por eso; no basta que se diga en un lenguaje que lo comprenda el que ora, pues hay oraciones en lenguaje vulgar que no dicen mucho más al pensamiento que si estuviesen en lengua extraña, y por lo mismo no se dirigen al corazón; las raras ideas que encierran son, con frecuencia, sofocadas por la superabundancia de palabras y por el misticismo del lenguaje.

La principal cualidad de la oración es el ser clara, sencilla y concisa, sin frases inútiles, ni lujo de epítetos pomposos; cada palabra debe tener su importancia, revelar una idea, conmover una fibra, en una palabra, *debe hacer reflexionar*; sólo con esta condición la plegaria puede alcanzar su objetivo; no siendo así, *sólo es ruido*. Ved también con qué aire de distracción y con qué volubilidad se dicen la mayor parte de las veces; se ven mover los labios, pero en la expresión de la fisonomía y aun en el timbre de la voz, se reconoce un acto maquinal, puramente exterior, al cual permanece indiferente el alma.

Las oraciones reunidas en esta colección están

divididas en cinco categorías: Oraciones generales; Oraciones para sí mismo; Oraciones por los vivos; Oraciones por los muertos; Oraciones especiales por los enfermos y obsesos.

Con la finalidad de llamar más particularmente la atención sobre el objeto de cada oración y hacer comprender mejor su importancia, todas ellas van precedidas de una instrucción preliminar, especie de exposición de motivos, con el título de *Prefacio*.

I – ORACIONES GENERALES

ORACIÓN DOMINICAL

2. PREFACIO. Los Espíritus recomendaron colocar la *Oración Dominical* al comienzo de esta colección, no sólo como oración, sino como símbolo de todas las oraciones, es la que colocan en primer lugar, sea porque viene del mismo Jesús (San Mateo, cap. VI, v. de 9 a 13), sea porque pueda sustituirlas a todas, según el pensamiento que se una a ellas. Es el más perfecto modelo de concisión, verdadera obra maestra de sublimidad dentro de su sencillez. En efecto, en la más sobria de las formas, resume todos los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo; encierra una profesión de fe, un acto de adoración y de sumisión, la petición de las

cosas necesarias a la vida y el principio de caridad. Decirla en intención de alguno, es pedir para él lo que pediríamos para nosotros mismos.

Sin embargo, en razón misma de su brevedad, el sentido profundo encerrado en algunas palabras de las que se compone, pasa desapercibido para la mayor parte; por eso se dice, generalmente, sin dirigir el pensamiento sobre las aplicaciones de cada una de sus partes; se dice como una fórmula cuya eficacia es proporcionada al número de veces que se repite; así casi siempre es uno de los números cabalísticos *tres, siete, o nueve*, sacados de la antigua creencia supersticiosa que atribuía una virtud a los números y que se usaba en las operaciones de la magia.

Para suplir el vacío que la concisión de esta plegaria deja en el pensamiento, según el consejo y con la asistencia de los buenos Espíritus, se ha añadido a cada proposición un comentario que desarrolla su sentido y enseña sus aplicaciones. Según las circunstancias y el tiempo disponible, se puede decir la Oración dominical *simple* o en su forma *desarrollada*.

3. ORACIÓN. – I. *¡Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre!*

Creemos en vos, Señor, porque todo revela vuestro poder y vuestra bondad. La armonía del Universo atestigua una sabiduría, una prudencia y una

previsión tales, que superan todas las facultades humanas; el nombre de un ser soberanamente grande y sabio está inscripto en todas las obras de la Creación, desde la hoja de la yerba y el insecto más pequeño, hasta los astros que se mueven en el espacio; en todas partes vemos la prueba de una solicitud paternal; por eso, ciego es el que no os reconoce en vuestras obras, orgulloso el que no os glorifica e ingrato el que no os da las gracias.

II. ¡Venga tu reino!

Señor, disteis a los hombres leyes llenas de sabiduría, que harían su felicidad si las observasen. Con esas leyes, harían reinar entre ellos la paz y la justicia; se ayudarían mutuamente en vez de perjudicarse como lo hacen, el fuerte sostendría al débil y no lo abatiría, evitando los males que engendran los abusos y los excesos de todas clases. Todas las miserias de este mundo vienen de la violación de vuestras leyes, porque no hay una sola infracción que no tenga fatales consecuencias.

Disteis al animal el instinto que le traza el límite de lo necesario y él maquinamente se conforma con eso; pero al hombre además de su instinto, le disteis la inteligencia y la razón; le disteis también la libertad de observar o infringir aquellas de vuestras leyes que le conciernen personalmente, es decir, de escoger entre

el bien y el mal, a fin de que tenga el mérito y la responsabilidad de sus acciones.

Nadie puede poner como pretexto la ignorancia de vuestras leyes, porque en vuestra previsión paternal, quisisteis que estuviesen grabadas en la conciencia de cada uno, sin distinción de cultos ni de naciones; los que las violan es porque os desconocen.

Vendrá un día, según vuestra promesa, en que todos las practicarán; entonces la incredulidad habrá desaparecido; todos os reconocerán como Soberano Señor de todas las cosas y el reino de vuestras leyes será vuestro reino en la Tierra.

Dignaos, Señor, apresurar su advenimiento, dando a los hombres la luz necesaria para conducirlos al camino de la verdad.

III. ¡Hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo!

Si la sumisión es un deber del hijo para con su padre y del inferior para con su superior ¡cuánto mayor no debe ser la de la criatura con su Creador! Hacer vuestra voluntad, Señor, es observar vuestras leyes y someterse sin murmurar a vuestros divinos decretos; el hombre se someterá a ellos, cuando comprenda que sois la fuente de toda sabiduría y que sin vos nada puede; entonces, hará vuestra voluntad en la Tierra, como los elegidos en el Cielo.

IV. El pan nuestro de cada día, dádnosle hoy.
Dadnos el alimento para conservar las fuerzas del cuerpo; dadnos también el alimento espiritual para el desarrollo de nuestro Espíritu.

El animal encuentra su alimento, pero el hombre lo debe a su propia actividad y a los recursos de su inteligencia, porque vos le habéis creado libre.

Vos le dijisteis: “Extraerás tu alimento de la tierra con el sudor de tu frente”; por eso habéis hecho una obligación del trabajo a fin de que ejercitara su inteligencia buscando los medios de proveer a su necesidad y a su bienestar; unos por el trabajo material, otros por el trabajo intelectual; sin trabajo quedaría estacionado y no podría aspirar a la felicidad de los Espíritus superiores.

Secundáis al hombre de buena voluntad que confía en vos para lo necesario, pero no aquel que se complace en la ociosidad y que le gustaría obtenerlo todo sin trabajo, ni aquel otro que busca lo superfluo. (Cap. XXV).

¡Cuántos son los que sucumben por sus propias faltas, por su incuria, por su imprevisión o por su ambición y por no haber querido contentarse con lo que les disteis! Estos son los artífices de su propio infortunio y no tienen derecho de quejarse, porque

son castigados en aquello en que han pecado. Pero ni aun a esos abandonáis porque sois infinitamente misericordioso; vos le tendéis mano segura desde que, como el hijo pródigo, regresen sinceramente a vos. (Cap. V, número 4).

Antes de quejarnos de nuestra suerte, preguntémonos si ella no es obra nuestra; a cada desgracia que nos llegue, preguntémonos si no dependió de nosotros evitarla; pero digamos también que Dios nos dio la inteligencia para sacarnos del lodazal y que depende de nosotros hacer uso de ella.

Puesto que la ley del trabajo es la condición del hombre en la Tierra, dadnos ánimo y fuerza para cumplirla; dadnos también prudencia, previsión y moderación, con el fin de no perderle el fruto.

Dadnos, pues, Señor, nuestro pan de cada día, es decir, los medios de adquirir con el trabajo las cosas necesarias a la vida, porque nadie tiene el derecho de reclamar lo superfluo.

Si nos es imposible trabajar, confiamos en vuestra Divina Providencia.

Si está en vuestros designios el probarnos por las más duras privaciones, a pesar de nuestros esfuerzos, nosotros las aceptaremos como una justa expiación de las faltas que hayamos cometido en esta

vida o en una vida precedente, porque sois justo; sabemos que no hay penas inmerecidas y que jamás castigáis sin causa.

Preservadnos, ¡oh Dios mío!, de concebir la envidia contra los que poseen lo que nosotros no tenemos, ni siquiera contra aquellos que tienen lo superfluo, cuando a nosotros nos hace falta lo necesario. Perdonadles si olvidan la ley de caridad y de amor al prójimo, que les enseñasteis. (Cap. XVI, número 8).

Apartad también de nuestro espíritu el pensamiento de negar vuestra justicia, viendo la prosperidad del malo y la desgracia que oprime a veces al hombre de bien. Gracias a las nuevas luces que habéis tenido a bien darnos, sabemos ahora que vuestra justicia se cumple siempre y no falta a nadie; que la prosperidad material del malo es efímera como su existencia corporal y que tendrá terribles contratiempos, mientras que la alegría reservada al que sufre con resignación será eterna. (Cap. V, números, 7, 9, 12, 18).

V. Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos, a nuestros ofensores.

Cada una de nuestras infracciones a vuestras

leyes, Señor, es una ofensa hacia vos y una deuda contraída que tarde o temprano tendrá que pagarse. Solicitamos de vuestra infinita misericordia el perdón para ellas, con la promesa de hacer los debidos esfuerzos para no contraer nuevas deudas.

Hicisteis una ley expresa de la caridad; pero la caridad no consiste sólo en asistir al semejante en la necesidad; consiste también en el olvido y en el perdón de las ofensas. ¿Con qué derecho reclamaríamos vuestra indulgencia, si nosotros mismos faltásemos a ella con respecto a aquellos contra quienes tenemos motivos de quejas?

Dadnos ¡oh Dios!, la fuerza para ahogar en nuestra alma todo sentimiento, todo odio y rencor; *haced que la muerte no nos sorprenda con un deseo de venganza en el corazón*. Si os place el retirarnos hoy mismo de este mundo, *haced que podamos presentarnos a vos puros de toda animosidad, a ejemplo del Cristo, cuyas últimas palabras fueron de clemencia para sus verdugos*. (Cap. X).

Las persecuciones que nos hacen sufrir los malos, forman parte de nuestras pruebas terrenales y debemos aceptarlas sin murmurar, como todas las otras pruebas, y no maldecir a aquellos que con sus maldades nos facilitan el camino de la felicidad eterna, porque dijisteis por la boca de Jesús: “¡Bienaventurados los

que sufren por la justicia!” Bendigamos, pues, la mano que nos hiere y nos humilla, porque las contusiones del cuerpo fortalecen nuestra alma y seremos levantados de nuestra humildad. (Cap. XII, número 4).

Bendito sea vuestro nombre, Señor, por habernos enseñado que nuestra suerte no está irrevocablemente fijada después de la muerte; que encontraremos en otras existencias los medios de rescatar y de reparar nuestras faltas pasadas, de cumplir en una nueva vida lo que no pudimos hacer en esta por nuestro adelantamiento. (Cap. IV; cap. V, número 5).

Así se explican, finalmente, todas las anomalías aparentes de la vida, pues es la luz derramada sobre nuestro pasado y nuestro futuro, la señal resplandeciente de vuestra soberana justicia y de vuestra bondad infinita.

VI. No nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal (1).

(1) Ciertas traducciones traen: *No nos induzcáis en la tentación* (et ne nos inducas in tentationem); esta expresión daría a entender que la tentación viene de Dios; que él induce voluntariamente a los hombres al mal; pensamiento blasfematorio que asemeja Dios a Satanás, y no pudo haber sido el de Jesús. Por lo demás, esta conforme con la doctrina vulgar sobre la misión atribuida a los demonios. (Véase **El Cielo y el Infierno**, cap. X, Los demonios).

Dadnos, Señor, la fuerza para resistir a las sugerencias de los malos Espíritus que intentasen desviarnos del camino del bien, inspirándonos malos pensamientos.

Pero nosotros mismos somos Espíritus imperfectos encarnados en la Tierra para expiar y mejorarnos. La causa primera del mal está en nosotros y los malos Espíritus no hacen más que aprovecharse de nuestras inclinaciones viciosas, en las cuales nos mantienen para tentarnos.

Cada imperfección es una puerta abierta a su influencia, mientras que son impotentes y renuncian a toda tentativa contra los seres perfectos. Todo lo que podamos hacer para separarlos, es inútil, sino les oponemos una voluntad inquebrantable en el bien, renunciando absolutamente al mal. Es, pues, necesario, dirigir nuestros esfuerzos contra nosotros mismos y entonces los malos Espíritus se alejarán naturalmente, porque el mal es el que los atrae, mientras que el bien los rechaza. (Véase *Oraciones para los obsesos*).

Señor, sostenednos en nuestra debilidad; inspirándonos por la voz de nuestros ángeles guardianes y de los Buenos Espíritus, la voluntad de corregirnos de nuestras imperfecciones, con el fin de cerrar a los Espíritus impuros el acceso a nuestra alma. (Véase adelante el número 11).

El mal no es obra vuestra, Señor, porque la fuente de todo bien no puede engendrar nada malo; nosotros mismos somos los que lo creamos infringiendo vuestras leyes por el mal uso que hacemos de la libertad que nos habéis dado. Cuando los hombres observen vuestras leyes, el mal desaparecerá de la Tierra, como ya desapareció de los mundos más avanzados.

El mal no es una necesidad fatal para nadie y sólo parece irresistible a aquellos que se abandonan a él con satisfacción. Si tenemos la voluntad de hacerlo, podemos también tener la de hacer el bien; por eso, oh Dios, pedimos vuestra asistencia y la de los buenos Espíritus para resistir la tentación.

VII. Amén.

¡Si os place, Señor, que nuestros deseos se cumplan! Pero nos inclinamos ante vuestra sabiduría infinita. Sobre todas las cosas que nos es dado comprender, que se haga vuestra santa voluntad y no la nuestra, porque sólo queréis nuestro bien y sabéis mejor que nosotros lo que nos es útil.

Os dirigimos esta oración, ¡oh Dios!, por nosotros mismos, por todas las almas que sufren, encarnadas o desencarnadas, por nuestros amigos y enemigos, por todos aquellos que pidan nuestra asistencia y en particular por N...

Pedimos para todos ellos vuestra misericordia y vuestra bendición.

Nota: Se puede formular aquí lo que se agradece a Dios y lo que se pide para sí mismo o para otro. (Véanse adelante las oraciones números 26 y 27).

REUNIONES ESPÍRITAS

4. *En cualquier lugar en que se encuentren dos o tres personas reunidas en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellas. (San Mateo, cap. XVIII, v. 20).*

5. PREFACIO. Estar reunidos en nombre de Jesús, no quiere decir que basta estar reunidos materialmente, sino espiritualmente por la comunión de intenciones y de pensamientos para el bien; entonces Jesús se encuentra en medio de la asamblea, él o los Espíritus puros que le representan. El Espiritismo nos hace comprender como los Espíritus pueden estar entre nosotros. Ellos están ahí con su cuerpo fluídico o espiritual y con la apariencia que nos los haría reconocer si se hicieran visibles. Cuanto más elevada su jerarquía, tanto más grande es su poder y radiación; así es que poseen el don de la ubicuidad y por lo mismo, pueden encontrarse en diferentes puntos simultáneamente: basta para ello un destello de su pensamiento.

Por estas palabras, Jesús quiso mostrar el efecto de la unión y de la fraternidad; no es el mayor o menor número lo que lo atrae, puesto que, en vez de dos o tres personas, hubiera podido decir diez o veinte, sino el sentimiento de caridad que anime a unas en relación con las otras; pues para esto, basta que haya dos. Pero si estas dos personas oran cada una por su lado, aun cuando se dirijan a Jesús, no hay entre ellas comunión de pensamiento, sobre todo si no están movidas por un sentimiento de benevolencia mutua, si se miran también con prevención, con odio, envidia o celos, las corrientes fluídicas de sus pensamientos se rechazan en lugar de unirse con mucha simpatía y entonces *no están unidas en nombre de Jesús*; Jesús sólo es el *pretexto* de la reunión y no el verdadero móvil. (Cap. XXVII, número 9).

Si el nos dijo: “Vendré a todo aquel que me llamare”, eso no implica el que sea sordo a la voz de una sola persona; es porque exige ante todo, el amor al prójimo, del que se pueden dar más pruebas cuando se está acompañado que estando en aislamiento, y porque todo sentimiento personal lo aleja; de todo esto se desprende, que si en una reunión numerosa, dos o tres personas solamente se unen de corazón por el sentimiento de una verdadera caridad, mientras que los otros se aíslan y se concentran en sus ideas egoístas o mundanas, él estará con los primeros y no con los

otros. No es, pues, la simultaneidad de palabras, de cánticos o de actos exteriores lo que constituye la reunión en nombre de Jesús, sino la comunión de pensamientos, conforme al espíritu de la caridad personificado en Jesús. (Cap. X, números 7 y 8; cap. XXVII, números 2, 3 y 4).

Tal debe ser el carácter de las reuniones espíritas serias, en las que se espera sinceramente el concurso de los buenos Espíritus.

6. ORACIÓN. (Al empezar la reunión). – Rogamos al Señor Dios omnipotente que nos envíe buenos Espíritus para asistirnos, aleje a los que pudieren inducirnos en error, y que nos conceda la luz necesaria para distinguir la verdad de la impostura.

Apartad también a los Espíritus malévolos, encarnados o desencarnados, que podrían intentar poner la discordia entre nosotros y desviarnos de la caridad y amor al prójimo. Si alguno pretendiese introducirse aquí, haced que no encuentre acceso en el corazón de ninguno de nosotros.

Buenos Espíritus que os dignáis venir a instruirnos, hacednos dóciles a vuestros consejos; apartadnos de todo pensamiento de egoísmo, de orgullo, de envidia y de celos; inspiradnos indulgencia y benevolencia para nuestros semejantes presentes y ausentes, amigos y enemigos; haced, en fin, que en los

sentimientos de que nos sintamos animados, reconozcamos vuestra saludable influencia.

Dad a los médiums a quienes encarguéis de transmitirnos vuestras enseñanzas, la conciencia de la santidad del mandato que les ha sido confiado y de la gravedad del acto que van a cumplir, con el fin de que tengan el fervor y el recogimiento necesario.

Si, en la asamblea, se encontrasen personas que fuesen atraídas por otro sentimiento que no sea el del bien, abrid sus ojos a la luz, y perdonadles, así como nosotros les perdonamos, si vinieren con malas intenciones.

Rogamos especialmente al Espíritu de N... nuestro guía espiritual, que nos asista y vele sobre nosotros.

7. (Al finalizar la reunión). – Agradecemos a los buenos Espíritus que han querido venir a comunicarse con nosotros, y les rogamos que nos ayuden a poner en práctica las instrucciones que nos han dado, y que hagan que al salir de aquí, cada uno de nosotros se sienta fortificado en la práctica del bien y del amor al prójimo.

Deseamos, igualmente que estas instrucciones sean provechosas a los Espíritus que sufren, ignorantes o viciosos que hayan asistido a esta reunión y sobre las cuales imploramos la misericordia de Dios.

PARA LOS MÉDIUMS

8. *Y en los postreros días, dice el Señor, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos sueños. En aquellos días derramaré de mi Espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas, y ellos profetizarán. (Hechos de los Apóstoles, cap. II, v. 17 y 18).*

9. **PREFACIO.** El Señor quiso que la luz se hiciera para todos los hombres, y que penetrase en todas partes por la voz de los Espíritus, con el fin de que cada uno pudiera adquirir la prueba de la inmortalidad; con esa finalidad los Espíritus se manifiestan hoy en todos los puntos de la Tierra, y la mediumnidad que se revela en las personas de todas las edades y condiciones, en los hombres y en las mujeres en los niños y en los ancianos, es una de las señales del cumplimiento de los tiempos predichos.

Para conocer las cosas del mundo visible y descubrir los secretos de la naturaleza material, Dios ha dado al hombre la vista del cuerpo, los sentidos y los instrumentos especiales, con el telescopio penetran sus miradas en las profundidades del espacio, y con el microscopio ha descubierto el mundo de lo infinitamente pequeño. Para penetrar en el mundo invisible le ha dado la mediumnidad.

Los médiums son los intérpretes encargados de transmitir a los hombres las enseñanzas de los Espíritus; o mejor dicho, son *los órganos materiales por los cuales se expresan los Espíritus para hacerse inteligibles a los hombres*. Su misión es santa, porque tiene por objeto abrir los horizontes de la vida eterna.

Los Espíritus vienen a instruir a los hombres sobre su destino futuro, a fin de conducirles por el camino del bien y no para ahorrarles el trabajo material que deben tomarse en la Tierra para su adelantamiento, ni para favorecer su ambición y su codicia. De esto deben compenetrarse bien los médiums para no hacer mal uso de sus facultades. El que comprende la gravedad del mandato de que está revestido, lo cumple religiosamente; su conciencia le reprobaría como un acto sacrílego, hacer de él una diversión o una distracción, *para sí o para otros*, una facultad dada con un fin tan serio y que le pone en relación con los seres de ultratumba.

Como intérpretes de la enseñanza de los Espíritus, los médiums deben desempeñar un papel importante en la transformación moral que se opera; los servicios que puedan prestar están en razón de la buena dirección que den a sus facultades, porque los que siguen un mal camino, son más perniciosos que útiles a la causa del Espiritismo; por las malas

impresiones que producen, retardan más de una conversión. Por eso se les pedirá cuenta del mal uso que hicieren de una facultad que les fue dada para el bien de sus semejantes.

El médium que quiera conservar la asistencia de los buenos Espíritus, debe trabajar en su propio mejoramiento; el que quiera ver aumentar y desarrollar su facultad, debe crecer moralmente y abstenerse de todo lo que pudiese desviarle de su objeto providencial.

Si los buenos Espíritus se sirven algunas veces de instrumentos imperfectos, es para dar buenos consejos y procurar conducirles al bien; pero si encuentran corazones endurecidos y si sus avisos no son escuchados, entonces se retiran y los malos tienen entonces el campo libre. (Cap. XXIV, números 11 y 12).

La experiencia prueba que las comunicaciones, entre aquellos médiums que no saben aprovechar los consejos que reciben de los buenos Espíritus, después de haber brillado durante cierto tiempo, degeneran, poco a poco y acaban por caer en el error, en palabrería o en el ridículo, señal incontestable del alejamiento de los buenos Espíritus.

Obtener la asistencia de los buenos Espíritus, alejar a los Espíritus livianos y mentirosos; tal debe ser el objeto de los constantes esfuerzos de todos los médiums serios; sin esto la mediumnidad es una

facultad estéril que puede redundar en perjuicio del que la posee, porque puede degenerar en obsesión peligrosa.

El médium que comprende su deber, en lugar de enorgullecerse por una facultad que no le pertenece, puesto que puede serle retirada, atribuye a Dios las cosas buenas que obtiene. Si sus comunicaciones merecen elogios, no se envanece, porque sabe que son independientes de su mérito personal y agradece a Dios por haber permitido que buenos Espíritus viniesen a manifestarse por él. Si dan lugar a crítica, no se ofende por ello, porque no son obra de su propio Espíritu; piensa para sí que no fue un buen instrumento y que no posee todas las cualidades necesarias para oponerse a la intervención de los malos Espíritus; por eso procura adquirir estas cualidades y pide por medio de la oración, la fuerza que le falta.

10. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, permitid a los buenos Espíritus que me asistan en la comunicación que solicito. Preservadme de la presunción de creerme al abrigo de los malos Espíritus, del orgullo que pudiera engañarme sobre el valor de lo que obtenga y de todo sentimiento contrario a la caridad con respecto a los otros médiums. Si soy inducido en error, inspirad alguno el pensamiento de que me lo advierta y a mí la humildad que me hará aceptar la crítica con reconocimiento,

tomando para mí mismo y no para otros, los consejos que se servirán darme los buenos Espíritus.

Si siento la tentación de abusar en lo que quiera que sea, o envanecerme de la facultad que habéis tenido a bien concederme, os ruego que me la retiréis antes de permitir que sea desviada de su fin providencial, que es el bien de todos y mi propio adelantamiento moral.

II – ORACIONES PARA SÍ MISMO

A LOS ÁNGELES GUARDIANES Y A LOS ESPÍRITUS PROTECTORES

11. PREFACIO. Todos tenemos un buen Espíritu que se une a nosotros desde el nacimiento y nos ha tomado bajo su protección. Cumple junto a nosotros la misión de un padre para con su hijo: la de conducirnos por el camino del bien y del progreso a través de las pruebas de la vida. Es feliz cuando correspondemos a su solicitud; sufre cuando nos ve sucumbir.

Su nombre nos importa poco, porque puede ser que no tenga nombre conocido en la Tierra; lo invocamos como nuestro ángel guardián, nuestro buen genio; podemos también invocarlo con el nombre de un Espíritu superior cualquiera por el que sintamos más simpatía.

Además de nuestro ángel guardián, que siempre es un Espíritu superior, tenemos a los Espíritus protectores, que no por ser menos elevados, son menos buenos y benévolos; éstos son o parientes o amigos, o algunas veces personas que nosotros no hemos conocido en nuestra existencia actual. Frecuentemente, nos asisten con sus consejos y con su intervención en los actos de nuestra vida.

Los Espíritus simpáticos son aquellos que se unen a nosotros por cierta semejanza de gustos y de inclinaciones; pueden ser buenos o malos, según la naturaleza de las inclinaciones que les atraen hacia nosotros.

Los Espíritus seductores se esfuerzan en desviarnos del camino del bien, sugiriéndonos malos pensamientos. Se aprovechan de todas nuestras debilidades, que son como otras tantas puertas abiertas que les dan acceso a nuestra alma. Los hay que se encarnizan con nosotros como con una presa, pero *se alejan cuando reconocen que no pueden luchar contra nuestra voluntad.*

Dios nos dio un guía principal y superior en nuestro ángel de la guarda, y guías secundarios en nuestros Espíritus protectores y familiares; pero es un error creer que tenemos *forzosamente* un mal genio colocado cerca de nosotros para contrarrestar las buenas influencias. Los malos Espíritus vienen

voluntariamente según encuentren acceso en nosotros por nuestra debilidad o por nuestra negligencia en seguir las inspiraciones de los buenos Espíritus; por tanto, somos nosotros quienes los atraemos. De esto resulta que nadie está jamás privado de la asistencia de los buenos Espíritus y que depende de nosotros apartar a los malos. Siendo el hombre la primera causa de las miserias que sufre por sus imperfecciones, muchas veces él mismo, es su propio mal genio. (Cap. V, número 4).

La oración a los ángeles guardianes y a los Espíritus protectores debe tener por objeto solicitar su intervención ante Dios, y pedirles fuerza para resistir a las malas sugerencias y su asistencia en las necesidades de la vida.

12. ORACIÓN. – Espíritus sabios y benévolos, mensajeros de Dios, cuya misión es la de asistir a los hombres y conducirlos por el buen camino; sostenedme en las pruebas de esta vida, dadme fuerzas para sufrirlas sin murmurar; desviad de mí los malos pensamientos y haced que no dé acceso a ninguno de los malos Espíritus que intenten inducirme al mal. Iluminad mi conciencia para que pueda ver mis defectos, separad de mis ojos el velo del orgullo que podría impedirme verlos y confesármelos a mí mismo.

Vos sobre todo, N... , mi ángel de la guarda, que

veláis más particularmente y vosotros, Espíritus protectores que os interesáis por mí, haced que me haga digno de vuestra benevolencia. Conocéis mis necesidades, que ellas sean satisfechas según la voluntad de Dios.

13. (Otra) – ¡Oh Dios!, permitid a los buenos Espíritus que me rodean, que vengan en mi ayuda cuando esté en dificultades y que me sostengan si vacilo. Haced, Señor, que ellos me inspiren fe, esperanza y caridad; que sean para mí un apoyo, una esperanza y una prueba de vuestra misericordia; haced, en fin, que encuentre a su lado la fuerza que me falta para sobrellevar las pruebas de la vida y para resistir a las sugerencias del mal, la fe que salva y el amor que consuela.

14. (Otra). – Espíritus muy amados, ángeles guardianes, vosotros a quienes Dios, en su infinita misericordia, permite velar por los hombres, sed mis protectores en las pruebas de la vida terrestre. Dadme la fuerza, el valor y la resignación; inspiradme todo lo que es bueno y detenedme en la pendiente del mal; que vuestra dulce influencia penetre mi alma; haced que sienta que un amigo sincero está cerca de mí, que ve mis sufrimientos y comparte mis alegrías.

Y vos, mi buen ángel, no me abandonéis; tengo necesidad de vuestra protección para soportar con fe y amor las pruebas que le plazca a Dios enviarme.

PARA ALEJAR A LOS MALOS ESPÍRITUS

15. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, y por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia! – ¡fariseos ciegos, limpiad primero el interior del vaso y del plato para que sea también limpio lo que está afuera! – ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los ojos de los hombres y dentro están llenos de toda suerte de podredumbre. – Así también de fuera os mostráis justos a los ojos de los hombres; mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. (San Mateo, cap. XXIII, v. 25 a 28).*

16. PREFACIO. Los malos Espíritus sólo van donde pueden satisfacer su perversidad; para alejarlos, no basta pedirlo ni menos mandarlo; es preciso despojarnos de lo que les atrae. Los malos Espíritus olfatean las llagas del alma, como las moscas olfatean las del cuerpo; del mismo modo que limpiáis el cuerpo para evitar la inmundicia, limpiad también el alma de sus impurezas para evitar a los malos Espíritus. Como vivimos en un mundo en que pululan los malos Espíritus, las buenas cualidades del corazón no siempre nos ponen al abrigo de sus tentativas, pero dan fuerza para resistirles.

17. ORACIÓN. En nombre de Dios Todopoderoso, que los malos Espíritus se alejen de mí y que los buenos me sirvan de protección contra ellos.

Espíritus malhechores, que inspiráis malos pensamientos a los hombres; Espíritus tramposos y mentirosos que les engañáis; Espíritus burlones que abusáis de su credulidad, os rechazo con todas las fuerzas de mi alma y cierro el oído a vuestras sugerencias; pero pido para vosotros la misericordia de Dios.

Buenos Espíritus, que os dignáis asistirme, dadme fuerza para resistir a la influencia de los malos Espíritus y luz necesaria para no ser víctima de sus embustes. Preservadme del orgullo y de la presunción; separad de mi corazón los celos, el odio, la malevolencia y todo sentimiento contrario a la caridad, porque son otras tantas puertas abiertas al Espíritu del mal.

PARA CORREGIRSE DE UN DEFECTO

18. PREFACIO. Nuestros malos instintos son el resultado de la imperfección de nuestro propio Espíritu, y no de nuestro cuerpo; de otra manera el hombre escaparía de toda clase de responsabilidad. Nuestro mejoramiento depende de nosotros, porque todo hombre que tiene el goce de sus facultades, tiene, para todas las cosas, la libertad de hacer o de dejar de

hacer; para hacer el bien sólo le falta la voluntad. (Cap. XV, número 10; cap. XIX, número 12).

19. ORACIÓN. Vos me disteis, ¡oh Dios!, la inteligencia necesaria para distinguir el bien del mal; así, pues, desde el momento en que reconozco que una cosa es mala, soy culpable, porque no me esfuerzo en rechazarla.

Preservadme del orgullo, que podría impedirme ver mis defectos y de los malos Espíritus que podrían excitarme a perseverar en ellos.

Entre mis imperfecciones, reconozco que particularmente estoy inclinado a ... y si no resisto a esta tentación es por la costumbre que tengo de ceder a ella.

Vos no me habéis creado culpable, porque sois justo, sino con una aptitud igual tanto para el bien como para el mal. Si sigo el mal camino, es por efecto de mi libre albedrío. Pero, por la misma razón que tengo la libertad de hacer el mal, tengo también la de hacer el bien; por consiguiente, tengo que cambiar de camino.

Mis defectos actuales son un resto de las imperfecciones que conservé de mis precedentes existencias; es mi pecado original, del cual me puedo despojar por mi voluntad y con la asistencia de los buenos Espíritus.

Buenos Espíritus que me protegéis, y sobre todo vos, mi ángel guardián, dadme fuerzas para resistir a las malas sugerencias y salir victorioso de la lucha.

Los defectos son barreras que nos separan de Dios y cada defecto superado será un paso dado en la senda del progreso, que debe acercarme a Él.

El Señor, en su infinita misericordia tuvo a bien concederme la existencia actual, para que sirva a mi adelantamiento; buenos Espíritus, ayudadme a aprovecharla, con el fin de que no sea una existencia perdida para mí y para que cuando Dios quiera retirármela, salga mejor que cuando entré a ella. (Cap. V, número 5; cap. XVII, número 3).

PARA PEDIR LA FUERZA DE RESISTIR A UNA TENTACIÓN

20. PREFACIO. Todo mal pensamiento puede tener dos orígenes: la propia imperfección de nuestra alma, o una funesta influencia que actúe sobre ella; en este último caso, es siempre indicio de una debilidad que nos hace propios para recibir esta influencia y por consiguiente, de un alma imperfecta; de tal modo, que el que comete una falta, no podría dar por excusa la influencia de un Espíritu extraño, puesto que *este Espíritu no le habría inducido al mal si lo considerase inaccesible a la seducción.*

Cuando un mal pensamiento surge en nosotros, podemos, pues, suponer que un Espíritu malévolo nos está induciendo al mal y al cual estamos enteramente libres para acceder o resistir, como si se tratara de las instigaciones de una persona viviente. Al mismo tiempo, debemos imaginarnos a nuestro ángel guardián o Espíritu protector, que por su parte, combate en nosotros la mala influencia, y espera con ansiedad la *decisión que vamos a tomar*. Nuestra vacilación en hacer el mal es la voz del Espíritu bueno que se hace oír por la conciencia.

Se reconoce que un pensamiento es malo cuando se aparta de la caridad, que es la base de toda verdadera moral; cuando tiene por principio el orgullo, la vanidad o el egoísmo; cuando su realización puede causar un perjuicio cualquiera a otro; cuando, en fin, nos induce a hacer a los otros cosas que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros. (Cap. XXVIII, número 15; cap. XV, número 10).

21. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, no me dejéis sucumbir a la tentación que tengo de cometer una falta. Espíritus benévolos que me protegéis, desviad de mí este mal pensamiento y dadme la fuerza de resistir a la sugestión del mal. Si sucumbo, habré merecido la expiación de mi falta, tanto en esta vida como en la otra, porque soy libre para elegir.

ACCIÓN DE GRACIAS POR LA VICTORIA OBTENIDA CONTRA LA TENTACIÓN

22. PREFACIO. El que ha resistido a la tentación, lo debe a la asistencia de los buenos Espíritus cuya voz ha escuchado. Por tanto, debe dar gracias de ello, a Dios y a su ángel guardián.

23. ORACIÓN. ¡Oh Dios!, os doy gracias por haberme permitido salir victorioso de la lucha que acabo de sostener contra el mal; haced que esta victoria me dé fuerzas para resistir a las nuevas tentaciones.

Y a vos, mi ángel guardián, os doy gracias por la asistencia que me habéis dado. Que mi sumisión a vuestros consejos me haga digno de merecer de nuevo vuestra protección.

PARA PEDIR UN CONSEJO

24. PREFACIO. Cuando estamos indecisos en hacer o no hacer una cosa, ante todo, debemos hacernos estas preguntas:

Primero. – Lo que dudo hacer, ¿puede causar algún perjuicio a otro?

Segundo. – ¿Puede ser de utilidad para alguien?

Tercero. – Si otra persona hiciera esto conmigo, ¿quedaría yo satisfecho?

Si esta obra sólo interesa a sí mismo, está permitido pesar las ventajas y los inconvenientes personales que puedan resultar de ella.

Si interesa a otro y haciendo el bien para uno puede resultar en mal para otro, es menester igualmente pesar la suma del bien y del mal, para abstenerse o actuar.

En fin, aun para las mejores obras, es preciso considerar la oportunidad y las circunstancias accesorias, porque una cosa buena en sí misma puede tener malos resultados en manos inhábiles, si no es conducida con prudencia y circunspección. Antes de emprenderla conviene consultar las fuerzas y los medios de ejecución.

En todos los casos se debe siempre reclamar la asistencia de los Espíritus protectores recordando esta sabia máxima: *En la duda, abstente*. (Cap. XXVIII, número 38).

25. ORACIÓN. En nombre de Dios Todopoderoso, buenos Espíritus que me protegéis, inspiradme la mejor resolución a adoptar en la incertidumbre en que me encuentro. Dirigid mi pensamiento hacia el bien y desviad la influencia de aquellos que intenten separarme del buen camino.

EN LAS AFLICCIONES DE LA VIDA

26. PREFACIO. Podemos pedir a Dios favores terrestres, y Él puede concedérselos cuando tienen un objeto útil y serio; pero, como nosotros juzgamos la utilidad de las cosas desde nuestro punto de vista, y nuestra visión está limitada al presente, no siempre vemos el lado malo de aquello que deseamos. Dios, que ve mejor que nosotros y sólo quiere nuestro bien, puede, pues, negárnoslo, como un padre rehusa a su hijo lo que podría perjudicarlo. Si lo que pedimos no nos es concedido, no debemos desanimarnos; por el contrario, es menester pensar que la privación de lo que deseamos se nos ha impuesto como prueba o como expiación y que nuestra recompensa será proporcional a la resignación con que la sobrellevemos. (Cap. XXVII, número 6; cap. II, números, 5, 6 y 7).

27. ORACIÓN. Dios Todopoderoso que veis nuestras miserias, dignaos escuchar favorablemente los votos que os dirijo en este momento. Si mi súplica fuere inconveniente, perdonádmela; si es justa y útil a vuestros ojos, que los buenos Espíritus que ejecutan vuestra voluntad, vengan en mi ayuda para su cumplimiento.

Cualquier cosa que me suceda, ¡oh Dios!, que se haga vuestra voluntad. Si mis deseos no son atendidos, es porque entra en vuestros designios el

probarme y a ello me someto sin murmurar. Haced que no conciba por ello desaliento, y que mi fe y mi resignación sean sustentadas.

(Formúlese la súplica)

ACCIÓN DE GRACIAS POR UN FAVOR OBTENIDO

28. PREFACIO. No es preciso considerar tan sólo como acontecimientos felices las cosas de gran importancia; las más pequeñas en apariencia, son, con frecuencia, las que más influyen en nuestro destino. El hombre olvida fácilmente el bien y se recuerda más de lo que le aflige. Si registrásemos diariamente los beneficios de que somos objeto, sin haberlos solicitado, nos admiraríamos muchas veces de haber recibido tantos que se han borrado de nuestra memoria y nos humillaríamos por nuestra ingratitud.

Cada noche, elevando nuestra alma a Dios, debemos acordarnos de los favores que nos ha concedido durante el día y darle gracias. Sobre todo en el mismo momento en que experimentamos el efecto de su bondad y de su protección, debemos, por un movimiento espontáneo, manifestarle nuestra gratitud; basta para esto un pensamiento que le atribuya el beneficio, sin que sea necesario dejar el trabajo.

Los beneficios de Dios no consisten solamente

en las cosas materiales; es menester darle gracias por las buenas ideas y por las felices inspiraciones que nos son sugeridas. Mientras que el orgulloso se atribuye por ello un mérito y el incrédulo lo atribuye a la casualidad, el que tiene fe da por ello gracias a Dios y a los buenos Espíritus. Para eso las frases largas son inútiles: *Gracias ¡Oh Dios!, por el buen pensamiento que me habéis inspirado.* Esto dice más que muchas palabras. El impulso espontáneo que nos hace atribuir a Dios el bien que recibimos, atestigua una costumbre de reconocimiento y humildad, que nos atrae la simpatía de los buenos Espíritus. (Cap. XXVII, números 7 y 8).

29. ORACIÓN. Dios infinitamente bueno, que vuestro nombre sea bendito por los bienes que me habéis concedido; sería indigno de ellos si los atribuyese a la casualidad de los acontecimientos o a mi propio mérito.

Buenos Espíritus, que fuisteis ejecutores de la voluntad de Dios y a vos sobre todo, mi ángel guardián, os doy las gracias. Alejad de mí el pensamiento de enorgullecerme y de hacer de ello un uso que no sea para el bien. Particularmente os doy las gracias por...

ACTO DE SUMISIÓN Y RESIGNACIÓN

30. PREFACIO. Cuando nos alcanza un motivo de aflicción, si buscamos la causa encontraremos

muchas veces que es consecuencia de nuestra imprudencia, de nuestra imprevisión, o de nuestra acción anterior; en este caso, a nadie debemos culpar sino a nosotros mismos. Si la causa de una desgracia es independiente de toda participación nuestra, es una prueba para esta vida o la expiación de una existencia pasada y en este último caso, la naturaleza de la expiación puede hacernos conocer la naturaleza de la falta, porque siempre somos castigados por donde hemos pecado. (Cap. V, números 4, 6 y siguientes).

En lo que nos aflige, en general, sólo vemos el mal presente y no las consecuencias ulteriores favorables que esto puede tener. El bien es muchas veces consecuencia del mal pasajero, como la curación de un enfermo es el resultado de los medios dolorosos que se han empleado para obtenerla. En todos los casos debemos someternos a la voluntad de Dios y soportar con valor las tribulaciones de la vida, si queremos que se nos tome en cuenta y que se nos apliquen estas palabras de Cristo: “Bienaventurados los que sufren”. (Cap. V, número 18).

31. ORACIÓN. ¡Oh Dios! Sois soberanamente justo; todo sufrimiento en este mundo, debe, pues, tener su causa y su utilidad. Yo acepto el motivo de aflicción que acabo de experimentar como una expiación de mis faltas pasadas y una prueba para el futuro.

Buenos Espíritus que me protegéis, dadme

fuerza para soportarla sin murmurar; haced que sea para mí una advertencia saludable, que aumente mi experiencia y que combata en mí el orgullo, la ambición, la necia vanidad y el egoísmo, y que todo contribuya para mi adelantamiento.

32. (Otra) Oh Dios, siento la necesidad de rogaros para que me deis fuerza para sobrellevar las pruebas que os plazca enviarme. Permitid que la luz sea bastante viva para que mi Espíritu aprecie toda la extensión de un amor que me aflige por querer salvarme. Yo me someto con resignación, ¡oh Dios!, pero, ¡ay de mí! La criatura es tan débil, que si vos no me sostenéis, temo sucumbir. No me abandonéis, Señor, porque sin vos no soy nada.

33. (Otra). Elevé mi mirada hacia ti, oh Eterno, y me sentí fortalecido. Tú eres mi fuerza, no me abandones, ¡oh Dios! ¡Estoy abatido bajo el peso de mis iniquidades! Ayúdame; ¡Tú conoces la debilidad de mi carne y no apartas tus miradas de mí!

Estoy devorado por una sed ardiente; haz que brote un manantial de agua viva, y quedará aquella apagada. Que no se abra mi boca sino para cantar tus alabanzas y no para murmurar en las aflicciones de mi vida. Soy débil, Señor, pero tu amor me sostendrá.

¡Oh Eterno! ¡Sólo tú eres grande, sólo tú eres el fin y el objetivo de mi vida! Si me hieres, que por ello tu nombre sea bendito, porque tú eres el Señor y yo el

servidor infiel; doblaré mi frente sin quejarme, porque tú eres grande, sólo tú eres la meta.

EN UN PELIGRO INMINENTE

34. PREFACIO. En los peligros a que estamos expuestos, Dios nos recuerda nuestra debilidad y la fragilidad de nuestra existencia. Nos muestra que nuestra vida está en sus manos y que pende de un hilo que puede romperse cuando menos lo esperamos. En cuanto a esto, no hay privilegio para nadie, porque tanto el grande como el pequeño están sometidos a las mismas alternativas.

Si se examinan la naturaleza y las consecuencias del peligro, se verá que muchas veces, si se hubiesen cumplido esas consecuencias, hubieran sido castigo de una falta cometida o de un *deber descuidado*.

35. ORACIÓN. ¡Dios Todopoderoso, vos mi ángel guardián, socorredme! Si debo sucumbir, que se haga la voluntad de Dios. Si me salvo, que en el resto de mi vida repare el mal que pude hacer y del cual me arrepiento.

ACCIÓN DE GRACIAS DESPUÉS DE HABER SALIDO DE UN PELIGRO

36. PREFACIO. Por los peligros que corremos,

Dios nos enseña que de un momento a otro podemos ser llamados a dar cuenta del empleo que hemos hecho de la vida; de este modo nos advierte para que nos concentremos y nos enmendemos.

37. ORACIÓN. ¡Oh Dios! y vos mi ángel de la guarda, os doy las gracias por el socorro que me habéis enviado cuando el peligro me amenazaba. Que este peligro sea para mí una advertencia que me esclarezca sobre las faltas que han podido conducirme a él. Comprendo, Señor, que mi vida está en vuestras manos y que podéis quitármela cuando os plazca. Inspiradme por los buenos Espíritus que me asisten, el pensamiento de emplear útilmente el tiempo que me concedes aún en este mundo.

Mi ángel de la guarda, sostenedme en la resolución que tomo de reparar mis agravios y de hacer todo el bien que estuviere en mi poder, con el fin de llegar con menos imperfecciones al mundo de los Espíritus cuando quiera Dios llamarme.

EN EL MOMENTO DE DORMIRSE

38. PREFACIO. El sueño es el descanso del cuerpo, pero el Espíritu no tiene necesidad de este descanso. Mientras los sentidos se adormecen, el alma se desprende en parte de la materia y goza de sus

facultades de Espíritu. El sueño se le ha dado al hombre para reparar las fuerzas orgánicas y las fuerzas morales. Mientras el cuerpo recobra los elementos que ha perdido por la actividad de la vigilia, el Espíritu va a fortalecerse entre los otros Espíritus; con lo que se ve, con lo que oye y con los consejos que le dan, adquiere ideas, que vuelve a encontrar al despertar en estado de intuición; es el regreso temporal del desterrado a su verdadera patria; es el prisionero momentáneamente liberado.

Pero suele suceder, como con el prisionero perverso, que el Espíritu no siempre saca provecho de este momento de libertad para su adelantamiento; si tiene malos instintos, en vez de buscar la compañía de los buenos Espíritus busca la de sus semejantes y va a los lugares en donde puede dar libre curso a sus inclinaciones.

El que esté penetrado de esta verdad, que eleve su pensamiento en el momento en que quiera dormirse; que recurra a los consejos de los buenos Espíritus y de aquellos cuya memoria le es grata, a fin de que vengan a reunirse con él en el corto intervalo que se le concede, y al despertarse se sentirá más fuerte contra el mal y tendrá más valor contra la adversidad.

39. ORACIÓN. Mi alma va a encontrarse por un instante con los otros Espíritus. Que vengan los buenos y me ayuden con sus consejos. Mi ángel de la

guarda, haced que al despertar conserve de ellos una impresión saludable y duradera.

CUANDO SE PREVÉ UNA MUERTE PRÓXIMA

40. PREFACIO. La fe en el futuro, la elevación de pensamiento, durante la vida, hacia los destinos futuros, ayudan al pronto desprendimiento del espíritu debilitando los lazos que le retienen al cuerpo; y muchas veces no se ha concluido aún la vida del cuerpo, cuando el alma impaciente ha remontado el vuelo hacia la inmensidad. Lo contrario sucede en el hombre que concentra todos sus pensamientos en las cosas materiales, pues los lazos son tenaces, *la separación es penosa y dolorosa* y el despertar de ultratumba está lleno de turbación y de ansiedad.

41. ORACIÓN. ¡Oh Dios! Creo en vos y en vuestra bondad infinita; por esto no puedo creer que dierais la inteligencia al hombre para conoceros y la aspiración al porvenir para sumergirle después en la nada.

Creo que mi cuerpo es sólo la envoltura perecedera de mi alma y que cuando haya cesado de vivir, me despertaré en el mundo de los Espíritus.

Dios Todopoderoso, siento romperse los lazos que unen mi alma al cuerpo y muy pronto voy a dar cuenta del empleo hecho de la vida que dejo.

Voy a sufrir las consecuencias del bien o del mal que hice; allí no hay ilusiones, no hay subterfugio posible; todo mi pasado va a desenvolverse delante de mí y seré juzgado según mis obras.

Nada me llevaré conmigo de los bienes de la Tierra; honores, riquezas, satisfacciones de vanidad y orgullo, en fin, todo lo que pertenece al cuerpo, va a quedar en este mundo; ni la menor partícula me seguirá y nada de todo esto me servirá de socorro en el mundo de los Espíritus. Sólo llevaré conmigo lo que pertenece a mi alma, es decir, las buenas y las malas cualidades, que se pesarán en la balanza de una rigurosa justicia y seré juzgado con tanta más severidad cuanto mi posición, en la Tierra, más ocasiones me haya dado de practicar el bien que no hice. (Cap. VI, número 9).

¡Dios de misericordia, que mi arrepentimiento llegue hasta vos! Dignaos extender sobre mí vuestra indulgencia.

Si os pluguiese prolongar mi existencia, que el resto sea empleado para reparar, tanto como de mí dependa, el mal que haya podido hacer. Si mi hora llegó para siempre, llevo conmigo la idea consoladora que me será permitido redimirme por medio de nuevas pruebas a fin de merecer un día la felicidad de los elegidos.

Si no me es dado gozar inmediatamente de esa felicidad sin mácula, que sólo pertenece al justo por

excelencia, sé que no me está negada eternamente la esperanza y que con el trabajo, alcanzaré el objetivo, más temprano o más tarde, según mis esfuerzos.

Sé que buenos Espíritus y mi ángel guardián están aquí, cerca de mí, para recibirme, y que dentro de poco les veré como ellos me ven. Sé que encontraré a los que amé en la Tierra, *si lo hubiere merecido*, y los que dejo aquí vendrán a unirse conmigo para que un día estemos juntos para siempre y que mientras tanto, podré venir a visitarles.

Sé también que voy a encontrar a los que ofendí, les ruego que me perdonen lo que puedan reprocharme: mi orgullo, mi dureza, mis injusticias y que no me llene de vergüenza con su presencia.

Perdono a todos los que me han hecho o me han querido mal en la Tierra, no les conservo ningún odio y ruego a Dios que les perdone.

Señor, dadme fuerzas para dejar sin pesar los goces groseros de este mundo, que no son nada al lado de los goces puros del mundo en que voy a entrar. Allí, para el justo, ya no hay tormentos, sufrimientos, ni miserias; sólo sufre el culpable pero le queda la esperanza.

Buenos Espíritus, y vos, mi ángel de la guarda, no me dejéis fallar en este momento supremo; haced

que resplandezca a mis ojos la luz divina para que reanime mi fe, si llegase a vacilar.

Nota. – Véase adelante el párrafo V: Oraciones para los enfermos y los obsesos.

III – ORACIONES PARA OTROS

PARA ALGUIEN QUE ESTÉ EN AFLICCIÓN

42. PREFACIO (*). Si es del interés del afligido que su prueba siga su curso, no se abreviará por nuestro pedido; pero sería impiedad el desanimarse porque la súplica no fue atendida; además, en la falta de la cesación de la prueba, se puede esperar obtener algún otro consuelo que atempere la amargura. Lo que es verdaderamente útil para el que sufre, es el valor y la resignación, sin lo cual lo que sufre es sin provecho para él, porque estará obligado a empezar de nuevo la prueba. Es, pues, con esta finalidad que es preciso, sobre todo, dirigir los esfuerzos, sea llamando a los buenos Espíritus en su ayuda, sea aumentando un mismo la moral del afligido por medio de consejos y estímulos, sea, en fin, asistiéndole materialmente si se puede. La oración en este caso, puede además, tener un efecto directo, dirigiendo sobre la persona una

(*) El original no tiene la palabra *prefacio*. (N. del T.)

corriente fluídica para fortalecer su moral. (Cap. V, números 5 y 27; cap. XXVII, números 6 y 10).

43. ORACIÓN. ¡Oh Dios!, cuya bondad es infinita, dignaos aliviar la amargura de la posición de N..., si tal es vuestra voluntad.

Buenos Espíritus, en nombre de Dios Todopoderoso, os suplico que le asistáis en sus aflicciones. Si en interés suyo, no pueden ser evitadas, hacedles comprender que son necesarias para su adelantamiento. Dadle la confianza en Dios y en el porvenir, y se le harán menos duras. Dadle también la fuerza para que no sucumba a la desesperación; porque perdería el fruto y haría que su posición futura fuera aún más penosa. Conducid mi pensamiento hacia él y que le ayude a sostener su ánimo.

ACCIÓN DE GRACIAS POR UN BENEFICIO CONCEDIDO A OTRO

44. PREFACIO. El que no está dominado por el egoísmo se alegra del bien del prójimo, aun cuando no lo haya solicitado por la oración.

45. ORACIÓN. ¡Oh Dios!, bendito seáis por la felicidad que habéis concedido a N...

Buenos Espíritus, haced que vea en ella un efecto de la bondad de Dios. Si el bien que se le concede

es una prueba, inspiradle el pensamiento de que haga de él un buen uso y de no envanecerse, con el fin de que este bien no resulte en su perjuicio para el futuro.

Vos, mi buen genio que me protegéis y deseáis mi felicidad, alejad de mi pensamiento todo sentimiento de envidia y de celos.

PARA NUESTROS ENEMIGOS Y PARA LOS QUE NOS QUIEREN MAL

46. PREFACIO. Jesús dijo: *Amad incluso a vuestros enemigos*. Esta máxima es lo sublime de la caridad cristiana; pero Jesús no quiere decir con esto que debemos tener con nuestros enemigos la misma ternura que tenemos con nuestros amigos; nos quiso decir con estas palabras, que olvidemos sus ofensas, que les perdonemos el mal que nos hacen, devolviéndoles bien por mal. Además del mérito que resulta de ello a los ojos de Dios, muestra a los ojos de los hombres la verdadera superioridad. (Cap. XII, números 3 y 4).

47. ORACIÓN. ¡Oh Dios!, yo perdono a N... el mal que me hizo y el que me quiso hacer, como deseo que me perdonéis y que él también me perdone las injusticias que yo pueda haber cometido. Si lo colocasteis en mi camino como una prueba, que se cumpla vuestra voluntad.

Desviad de mí, ¡Oh Dios!, la idea de maldecirle y todo deseo malévolo contra él. Haced que yo no experimente ninguna alegría por las desgracias que pueda tener, ni pena por los bienes que puedan concedérsele, con el fin de no manchar mi alma con pensamientos indignos de un cristiano.

Señor, que vuestra voluntad al extenderse sobre él, pueda conducirlo a los mejores sentimientos con respecto a mí.

Buenos Espíritus, inspiradme el olvido del mal y el recuerdo del bien. Que ni el odio, ni el rencor, ni el deseo de volverle mal por mal, entren en mi corazón, porque el odio y la venganza sólo pertenecen a los Espíritus malos, encarnados y desencarnados. Por el contrario, que esté pronto a tenderle fraternalmente la mano, a volverle bien por mal y a socorrerle si me es posible.

Deseo, para probar la sinceridad de mis palabras, que se me ofrezca la ocasión de serle útil; pero sobre todo, ¡Oh Dios!, preservadme de hacerlo por orgullo u ostentación confundiendo con una generosidad humillante, lo que me haría perder el fruto de mi acción, porque entonces merecería que se me aplicasen aquellas palabras de Cristo: *Ya recibisteis vuestra recompensa*. (Cap. XIII, números 1 y siguientes).

ACCIÓN DE GRACIAS POR EL BIEN CONCEDIDO A NUESTROS ENEMIGOS

48. PREFACIO. No desear mal a los enemigos, es ser caritativo a medias; la verdadera caridad requiere que le deseemos el bien y que nos alegremos por las gracias que Dios les conceda. (Cap. XII, números 7 y 8).

49. ORACIÓN. ¡Oh Dios, en vuestra justicia, entendiste un deber alegrar el corazón de N... Yo os lo agradezco por él, a pesar del mal que me hizo o que procura hacerme. Si se aprovechase de ello para humillarme, lo aceptaré como una prueba para mí, ejerciendo la caridad.

Buenos Espíritus que me protegéis no permitáis que conciba por ello ningún pesar; desviad de mí la envidia y los celos que degradan; inspiradme por el contrario, la generosidad que eleva. La humillación está en el mal y no en el bien y sabemos que tarde o temprano se hará a cada uno justicia según sus obras.

PARA LOS ENEMIGOS DEL ESPIRITISMO

50. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los que padecen persecución

por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Felices seréis cuando los hombres os maldijeren y os persiguieren y dijeren con falsedad toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos, porque un galardón muy grande os está reservado en los cielos; pues así también persiguieron a los profetas, que fueron antes de vosotros. (San Mateo, cap. V, v. 6, 10, 11 y 12).

No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno. (San Mateo, cap. X, v. 28).

51. PREFACIO. De todas las libertades, la más inviolable es la de pensar, que comprende también la libertad de conciencia. Anatematizar a los que no piensan como nosotros, es reclamar esta libertad para sí y rehusarla a los otros, es violar el primer mandamiento de Jesús: la caridad y el amor al prójimo. Perseguirles por su creencia, es atentar al derecho más sagrado que tiene todo hombre de creer lo que le conviene y adorar a Dios del modo que él lo entienda. Constreñirlos a actos exteriores semejantes a los nuestros, es mostrar que se atiende más a la forma que al fondo, a las apariencias más que a la convicción. La abjuración forzada nunca ha dado fe; sólo puede hacer hipócritas.

Es un abuso de la fuerza material que no prueba la verdad; *la verdad está segura de sí misma; convence y no persigue, porque no tiene necesidad de ello.*

El Espiritismo es una opinión, una creencia; aun cuando fuese una religión, ¿por qué no tendría el hombre la libertad de llamarse espírita, como tiene la de llamarse católico, judío o protestante, partidario de tal o cual doctrina filosófica, o de éste o de aquél sistema económico? Esa creencia es falsa o verdadera; si es falsa, caerá por su propio peso, porque el error no puede prevalecer contra la verdad, cuando se ilustran las inteligencias; si es verdadera, la persecución no la hará falsa.

La persecución es el bautismo de toda idea nueva, grande y justa; crece con la grandeza y la importancia de la idea. La animosidad y la cólera de los enemigos de la idea está en razón del miedo que les inspira. Por esta razón el Cristianismo fue perseguido en otro tiempo y el Espiritismo lo es hoy, con la diferencia, sin embargo, de que el Cristianismo lo fue por Paganos mientras que el Espiritismo lo es por Cristianos. El tiempo de las persecuciones sangrientas ha pasado, es verdad; pero si no se mata el cuerpo, se tortura el alma; se la ataca hasta en los sentimientos más íntimos, en los afectos más caros; se dividen las familias, se excita a la madre contra la hija, la esposa contra el marido; se ataca aun el cuerpo en sus

necesidades materiales, quitándole su modo de vivir para sitiarle por el hambre. (Cap. XXIII, número 9 y siguientes).

Espíritas, no os afijáis por los golpes que os aciertan, porque así prueban que estáis con la verdad, pues de lo contrario os dejarían tranquilos y no os herirían. Es una prueba para vuestra fe, porque será con vuestro valor, por vuestra resignación y por vuestra perseverancia, que Dios os reconocerá entre sus fieles servidores, cuya enumeración hace hoy para dar a cada uno la parte que le corresponde, según sus obras.

A ejemplo de los primeros Cristianos, tened, pues, orgullo en llevar vuestra cruz. Creed en las palabras de Cristo que dijo: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos” No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Dijo también: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os hacen mal y orad por los que os persiguen”. Mostrad que sois sus verdaderos discípulos y que vuestra doctrina es buena, haciendo lo que el dice y lo que él mismo hizo.

La persecución durará sólo una época; esperad, pues, pacientemente el despuntar de la aurora, porque ya la estrella de la mañana se vislumbra en el horizonte. (Cap. XXIV, números 13 y siguientes).

52. ORACIÓN. Señor, vos nos dijisteis, por la boca de Jesús, vuestro Mesías: “Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia; perdonad a vuestros enemigos; orad por los que os persiguen”; y Él mismo nos ha enseñado el camino, orando por sus verdugos.

A su ejemplo, ¡oh Dios!, solicitamos vuestra misericordia para los que desconocen vuestros divinos preceptos, los únicos que pueden asegurar la paz en este mundo y en el otro. Nosotros decimos como el Cristo: “Perdonadles, Padre Nuestro, porque ellos no saben lo hacen”.

Dadnos la fuerza para soportar con paciencia y resignación, como pruebas para nuestra fe y humildad, sus burlas, sus injurias, sus calumnias y persecuciones; apartadnos de todo pensamiento de represalias, porque la hora de vuestra justicia sonará para todos y nosotros la esperamos sometiéndonos a vuestra santa voluntad.

PARA UN NIÑO RECIÉN NACIDO

53. PREFACIO. Los Espíritus no llegan a la perfección sino después de haber pasado por las pruebas de la vida corporal; los que están errantes esperan que Dios les permita volver a tomar otra existencia que debe proporcionarles un medio de adelantamiento, ya sea por la expiación de sus faltas

pasadas por medio de las vicisitudes, a las que se han sometido, ya sea también cumpliendo una misión útil a la Humanidad. Su adelantamiento y su felicidad futura serán proporcionados a la manera como habrán empleado el tiempo que deben pasar en la Tierra. El encargo de guiar sus primeros pasos y dirigirles hacia el bien está confiado a sus padres, que responderán, ante Dios, por la manera como hayan cumplido su mandato. Fue para facilitarles esta ejecución, que Dios hizo del amor paternal y del amor filial una ley de la Naturaleza, ley que jamás es violada impunemente.

54. ORACIÓN. (Para los padres). Espíritu que estás encarnando en el cuerpo de nuestro hijo, bienvenido seas entre nosotros; Dios Todopoderoso que lo habéis enviado, bendito seáis.

Este es un depósito que nos ha sido confiado, del que debemos dar cuenta un día. Si pertenece a la nueva generación de Espíritus que debe poblar la Tierra, ¡gracias, oh Dios, por este favor! Si es un alma imperfecta, nuestro deber es ayudarla a progresar en el camino del bien, por nuestros consejos y buenos ejemplos; si cayere en el mal por nuestra causa, responderemos de ello ante vos, porque no habremos cumplido nuestra misión respecto a él.

Señor, sostenednos en nuestro trabajo y dadnos fuerza y voluntad para cumplirlo. Si este niño debe ser objeto de nuestras pruebas, ¡que se cumpla vuestra voluntad!

Buenos Espíritus que habéis venido a presidir su nacimiento y debéis acompañarle durante su vida, no lo abandonéis. Alejad de él a los Espíritus imperfectos que pudieran inducirle al mal; dadle fuerza para resistir a sus sugerencias y el valor para sufrir con paciencia y resignación las pruebas que le esperan en la Tierra. (Cap. XIV, número 9).

55. (Otra). Dios mío, me confiasteis la suerte de uno de vuestros Espíritus; haced, Señor, que sea digno del deber que me fue impuesto; concededme vuestra protección; iluminad mi inteligencia con el fin de que pueda discernir pronto las tendencias del que debo preparar para entrar en vuestra paz.

56. (Otra). Dios de bondad, puesto que habéis tenido a bien permitir al Espíritu de este niño que venga de nuevo a sufrir las pruebas terrestres para hacerle progresar, dadle la luz a fin de que aprenda a conoceros, amaros y adoraros. Haced, por vuestra omnipotencia, que esta alma se regenere en el manantial de vuestras divinas instrucciones; que bajo el amparo de su ángel de la guarda, su inteligencia crezca, se desarrolle y le haga aspirar a aproximarse cada vez más a vos; que la ciencia del Espiritismo sea la luz brillante que le ilumine a través de los escollos de la vida; que sepa, en fin, apreciar toda la inmensidad de vuestro amor, que nos prueba para fortificarnos.

Señor, echad una mirada paternal sobre la familia

a la que confiaste esta alma; que pueda comprender la importancia de su misión y haced germinar en este niño las buenas semillas, hasta el día en que él mismo pueda, por sus propias aspiraciones, elevarse sólo hacia vos.

Dignaos, oh Dios, escuchar esta humilde plegaria en nombre y por los méritos del que dijo: “Dejad a los niños venir a mí, porque el reino de los cielos es para los que se les asemejen”.

PARA UN AGONIZANTE

57. PREFACIO. La agonía es el preludio de la separación del alma y del cuerpo, se puede decir que en este momento el hombre sólo tiene un pie en este mundo y el otro fuera de él. Este tránsito es algunas veces penoso para los que están muy ligados a la materia y han vivido más para los bienes de este mundo que para los del otro, o cuya conciencia está agitada por los pesares y remordimientos; en aquellos, por el contrario, cuyos pensamientos se han elevado al infinito y están desprendidos de la materia, los lazos son menos difíciles de romper y los últimos momentos nada tienen de doloroso; el alma, entonces, sólo se une al cuerpo por un hilo, mientras que en la otra posición está unida a él por profundas raíces; en todos los casos la oración ejerce una acción poderosa sobre el trabajo de la separación. (Véase adelante: Oraciones

para los enfermos; *El Cielo y el Infierno*, Segunda Parte, cap. I, *El Tránsito*).

58. ORACIÓN. Dios poderoso y misericordioso, he aquí un alma que deja su envoltura terrestre para volver al mundo de los Espíritus, su verdadera patria; que pueda entrar allí en paz y que vuestra misericordia se extienda sobre ella.

Buenos Espíritus, que la acompañasteis en la Tierra, no la abandonéis en este momento supremo; dadle fuerza para soportar los últimos sufrimientos que debe padecer en este mundo para su adelantamiento futuro; inspiradle para que ella consagre al arrepentimiento de sus faltas los últimos destellos de inteligencia que le restan o que pueden volverle momentáneamente.

Dirigid mi pensamiento a fin de que su acción haga menos penosa la separación, y que lleve en su alma, en el momento de dejar la Tierra, los consuelos de la esperanza.

IV – ORACIONES PARA LOS QUE YA NO ESTÁN EN LA TIERRA

PARA LOS RECIÉN FALLECIDOS

59. PREFACIO. Las oraciones por los Espíritus que acaban de dejar la Tierra, no tienen sólo por objeto

darles un testimonio de simpatía, sino que tienen también por objeto ayudar a su desprendimiento, y por lo tanto, abreviar la turbación que sigue siempre a la separación y darles más calma al despertar. Pero también en esta, como en cualquier otra circunstancia, la eficacia está en la sinceridad del pensamiento y no en la abundancia de palabras dichas con más o menos pompa y en las cuales muchas veces el corazón no toma ninguna parte.

Las oraciones que parten del corazón, resuenan alrededor del Espíritu, cuyas ideas están aún confusas, como las voces amigas que nos sacan del sueño. (Cap. XXVII, número 10).

60. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, que vuestra misericordia se extienda sobre el alma de N... que acabáis de llamar a vos. ¡Qué la pruebas que ha sufrido en esta vida le sean tomadas en cuenta y nuestras oraciones puedan aliviar y abreviar las penas que tenga aún que sufrir como Espíritu!

Buenos Espíritus que habéis venido a recibirle y sobre todo vos, su ángel de la guarda, asistidle para ayudarle a despojarse de la materia; dadle la luz y la conciencia de sí mismo con el fin de sacarle de la turbación que acompaña al tránsito de la vida corporal a la vida espiritual. Inspiradle el arrepentimiento de las faltas que haya cometido y el deseo de que le sea

permitido el repararlas para activar su adelantamiento hacia la vida de eterna felicidad.

N..., acabas de entrar en el mundo de los Espíritus, y sin embargo, estás aquí presente entre nosotros; nos ves y nos escuchas, porque no hay más diferencia entre tú y nosotros que el cuerpo perecedero que acabas de dejar y que muy pronto será reducido a polvo.

Dejaste el grosero envoltorio sujeto a las vicisitudes y a la muerte y sólo conservas la envoltura etérea, imperecedera e inaccesible a los sufrimientos. Si no vives ya por el cuerpo, vives la vida de los Espíritus y esta vida está exenta de las miserias que afligen a la Humanidad.

Ya no tienes el velo que oculta a nuestros ojos los resplandores de la vida futura; de hoy en adelante podéis contemplar nuevas maravillas, mientras que nosotros estamos aún sumergidos en las tinieblas.

Vas a recorrer el espacio y visitar los mundos con toda libertad, mientras que nosotros nos arrastramos penosamente sobre la Tierra, en la que nos retiene nuestro cuerpo material, semejante para nosotros a una carga muy pesada.

El horizonte del infinito va a desarrollarse ante ti y en presencia de tanta grandeza comprenderás la vanidad de nuestros deseos terrestres, de nuestras

ambiciones mundanas y de nuestros goces fútiles de que los hombres hacen sus delicias.

La muerte sólo es, entre los hombres, una separación material de algunos instantes. Desde el lugar del exilio en donde nos retiene aún la voluntad de Dios, así como los deberes que tenemos que cumplir en este mundo, nosotros te seguiremos con el pensamiento hasta el momento en que se nos permita reunirnos contigo, así como tú te has reunido con los que te precedieron.

Si nosotros no podemos ir a tu lado, tú puedes venir al nuestro. Ven, pues, entre los que te aman y que has amado; sosténles en las pruebas de la vida, vela por los que te son queridos, protégeles según tu poder y calma sus pesares con el pensamiento de que eres más feliz ahora y con la consoladora certeza de estar reunidos un día en un mundo mejor.

En el mundo en que estás deben extinguirse todos los resentimientos terrestres. ¡Qué de hoy en adelante, seas inaccesible a ellos para tu felicidad futura! Perdona, pues, a los que han procedido mal contigo, como te perdonan aquellos con los que has procedido mal.

Nota. Pueden añadirse a esta oración, aplicable a todos, algunas palabras especiales, según las circunstancias particulares de familia o de relación y la

posición del difunto. Si se trata de un niño, el Espiritismo nos enseña que éste no es un Espíritu de creación reciente, sino que ha vivido ya y puede ser también muy avanzado. Si su última existencia ha sido corta es porque no era más que un complemento de la prueba, o debía ser una prueba para sus padres. (Cap. V, número 21).

61. (Otra). Señor Todopoderoso, que vuestra misericordia se extienda sobre nuestros hermanos que acaban de dejar la Tierra. Que vuestra luz resplandezca a sus ojos. Apartadlos de las tinieblas; abrid sus ojos y sus oídos. Que los buenos Espíritus les envuelvan y les hagan oír las palabras de paz y esperanza.

Señor, por indignos que seamos, nos atrevemos a implorar vuestra misericordiosa indulgencia a favor de aquél de nuestros hermanos que acaba de ser llamado del exilio; haced que su regreso sea el del hijo pródigo. Olvidad, Dios mío, las faltas que ha podido cometer, para acordarnos del bien que hizo. Vuestra justicia es inmutable, lo sabemos, pero vuestro amor es inmenso; os suplicamos suavizar vuestra justicia por esa fuente de bondad que mana de vos.

Que la luz se haga para ti, hermano mío, que acabas de dejar la Tierra. Que los buenos Espíritus del Señor descendan hacia ti, te envuelvan y te ayuden a sacudir tus cadenas terrestres. Comprende y mira la grandeza de Nuestro Señor; sométete sin murmurar a

su justicia, pero no desesperes jamás de su misericordia. ¡Hermano! Que un serio retorno a tu pasado te abra las puertas del porvenir haciéndote comprender las faltas que dejas detrás de ti y el trabajo que te queda para repararlas. Que Dios te perdone y que sus buenos Espíritus te sostengan y te animen. Tus hermanos de la Tierra orarán por ti y te piden que ores por ellos.(1)

PARA LAS PERSONAS QUE SE HAN AMADO

62. PREFACIO. Qué espantosa es la idea de la nada. Qué dignos son de compasión los que creen que la voz del amigo que llora a su amigo se pierde en el vacío y no encuentra ningún eco que le responda. Jamás conocerán las puras y santas afecciones los que piensan que todo muere con el cuerpo; que el genio que ha iluminado el mundo con su vasta inteligencia es un juego de la materia que se extingue para siempre como un soplo; que del más querido ser, de un padre, de una madre o de un hijo adorado, sólo queda un poco de polvo que el tiempo disipa para siempre.

¿Cómo un hombre de corazón puede permanecer tranquilo con este pensamiento? ¿Cómo la idea de un aniquilamiento absoluto no le hiela de espanto y no le

(1) Esta oración fue dictada a un médium de Bordeaux en el momento en que pasaba por delante de sus ventanas el entierro de un desconocido.

hace al menos desear que no sea así? Si hasta ese día su razón no le bastó para salir de dudas, he aquí que el Espiritismo viene a disipar toda incertidumbre sobre el futuro por las pruebas materiales que da de la sobrevivencia del alma y de la existencia de los seres de ultratumba. Así es que por todas partes son acogidas estas pruebas con alegría, y renace la confianza porque el hombre sabe de aquí en adelante que la vida terrestre sólo es un corto pasaje que conduce a una vida mejor, que sus trabajos en este mundo no se pierden para él, y que los afectos más santos no se rompen para siempre. (Cap. IV, número 18; cap. V, número 21).

63. ORACIÓN. Dignaos, ¡oh Dios!, acoger favorablemente la oración que os dirijo por el Espíritu de N... hacedle entrever vuestras divinas luces y que le sea más fácil el camino de la felicidad eterna. Permitid que los buenos Espíritus le lleven mis palabras y mi pensamiento.

Tú que me eras querido en este mundo, oye mi voz que te llama para darte un nuevo testimonio de mi afecto. Dios permitió que fueses liberado primero; no podría quejarme de ello sin egoísmo, porque sería estar afligido por no tener más para ti las penas y los sufrimientos de la vida. Espero, pues, con resignación el momento de nuestra reunión en el mundo más feliz en que me has precedido.

Yo sé que nuestra separación es momentánea y

que por larga que pudiera parecerme, su duración se borra ante la eterna felicidad que Dios promete a sus elegidos. Que su bondad me preserve de hacer nada que pueda retardar este instante deseado, y que me ahorre de este modo el dolor de no volverte a encontrar al salir de mi cautiverio terrestre.

¡Oh! ¡Qué dulce y consoladora es la certeza de que sólo hay entre nosotros un velo material que te oculta de mi vista! Que puedas estar aquí, a mi lado, verme y oírme como otras veces y aún mejor que antes; que no me olvides como yo tampoco no te olvidaré; que nuestros pensamientos no cesen de confundirse, y que el tuyo me siga y me sustente siempre.

Que la paz del Señor sea contigo.

PARA LAS ALMAS QUE SUFREN Y PIDEN ORACIONES

64. PREFACIO. Para comprender el alivio que la oración puede proporcionar a los Espíritus que sufren, es menester referirse a su modo de acción, que se ha explicado anteriormente. (Cap. XXVII, números, 9, 18 y siguientes). El que está compenetrado de esta verdad ora con más fervor por la certeza de que no ora en vano.

65. ORACIÓN. Dios clemente y misericordioso, que vuestra bondad se extienda sobre todos los

Espíritus que desean nuestras oraciones y particularmente sobre el alma de N...

Buenos Espíritus cuya única ocupación es el bien, interceded conmigo para su alivio. Haced que resplandezca a sus ojos un rayo de esperanza, y que la divina luz les ilumine y les haga ver las imperfecciones que les alejan de la morada de los felices. Abrid su corazón al arrepentimiento y al deseo de depurarse para acelerar su adelantamiento. Hacedles comprender que por su esfuerzo pueden abreviar el tiempo de sus pruebas.

¡Qué Dios, en su bondad les dé fuerza para perseverar en sus buenas resoluciones!

Que estas palabras benévolas puedan mitigar sus penas demostrándoles que en la Tierra hay seres que saben compadecerse de ellos y que desean su felicidad.

66. (Otra). Os suplicamos, Señor, derramar sobre todos los que sufren, sea en el espacio como Espíritus errantes, sea entre nosotros como Espíritus encarnados, las gracias de vuestro amor y de vuestra misericordia. Tened piedad de nuestras debilidades. Falibles nos hicisteis, pero nos habéis dado la fuerza para resistir al mal y vencerlo. Que vuestra misericordia se extienda sobre todos los que no han podido resistir a sus malas inclinaciones y están aún arrastrándose en

un mal camino. Que vuestros buenos Espíritus le envuelvan; que vuestra luz resplandezca a sus ojos, y que, atraídos por su calor, vengan a prosternarse a vuestros pies, humildes, arrepentidos y sumisos.

Os suplicamos igualmente, Padre de misericordia, por aquellos de nuestros hermanos que no tuvieron la fuerza de soportar las pruebas terrestres. Vos nos disteis un fardo para cargar, Señor, y nosotros sólo debemos depositarlo a vuestros pies; pero nuestra debilidad es grande y el valor nos falta algunas veces por el camino. Tened piedad de estos servidores indolentes que han abandonado la obra antes de tiempo; que vuestra justicia les excuse y permita a vuestros buenos Espíritus llevarles el alivio, los consuelos y la esperanza del futuro. El camino del perdón es fortificante para el alma; mostradlo, Señor, a los culpables que desesperan, y sostenidos por esta esperanza sacarán fuerzas del mismo cúmulo de sus faltas y de sus sufrimientos para rescatar su pasado y prepararse para conquistar el porvenir.

PARA UN ENEMIGO MUERTO

67. PREFACIO. La caridad hacia nuestros enemigos debe seguirles hasta más allá de la tumba. Es preciso pensar que el daño que os han hecho es para nosotros una prueba que ha podido ser útil a nuestro

adelantamiento, si supimos aprovecharnos de ella. Puede aún sernos más provechosa que las aflicciones puramente materiales, porque nos permitió unir al valor y a la resignación, la caridad y el olvido de las ofensas. (Cap. X, número 6; cap. XII, números 5 y 6).

68. ORACIÓN. Señor, os habéis dignado llamar antes que a mí el alma de N... Yo le perdono el mal que me hizo y sus malas intenciones hacia mí; que pueda él arrepentirse de eso, ahora que ya no tiene las ilusiones de este mundo.

Que vuestra misericordia, Dios mío, se extienda sobre él y alejad de mí el pensamiento de alegrarme con su muerte. Si procedí mal con él, que me perdone, como yo olvido a los que procedieron así conmigo.

PARA UN CRIMINAL

69. PREFACIO. Si la eficacia de las oraciones fuese proporcional a su tamaño, las más extensas deberían ser reservadas a los culpables, porque tienen mayor necesidad que los que vivieron santamente. Rehusarlas a los criminales es faltar a la caridad y desconocer la misericordia de Dios; crearlas inútiles, porque un hombre haya cometido tal o cual falta, es prejuzgar la justicia del Altísimo. (Cap. XI, número 14).

70. ORACIÓN. Señor, Dios de misericordia, no

rechacéis a este criminal que acaba de dejar la Tierra; la justicia de los hombres pudo condenarle, pero no por esto se salva de vuestra justicia, si su corazón no se ha conmovido por un sincero arrepentimiento.

Quitadle la venda que le oculta la gravedad de sus faltas. ¡Que con su arrepentimiento encuentre gracia ante vos y que se alivien los sufrimientos de su alma! ¡Que nuestras oraciones y la intervención de los buenos Espíritus puedan darle la esperanza y el consuelo! Inspiradle el deseo de reparar sus malas acciones en una nueva existencia y dadle fuerza para que no sucumba en las nuevas luchas que emprenderá.

¡Señor, tened piedad de él!

PARA UN SUICIDA

71. PREFACIO. El hombre no tiene nunca el derecho de disponer de su propia vida, porque sólo a Dios corresponde sacarle del cautiverio terrestre cuando lo juzgue oportuno. Sin embargo, la justicia divina puede calmar sus rigores a favor de las circunstancias, pero reserva toda la severidad para aquel que quiso sustraerse a las pruebas de la vida. El suicida es como el prisionero que se evade la prisión antes de cumplir la condena y a quien cuando es vuelto a capturar se le detiene con más severidad. Lo mismo sucede con el suicida que cree escapar de las miserias

presentes y se sumerge en desgracias mayores. (Cap. V, número 14 y siguientes)

72. ORACIÓN. Sabemos, Dios mío, la suerte reservada a los que violan vuestras leyes acortando voluntariamente sus días; pero sabemos también que vuestra misericordia es infinita; dignaos derramarla sobre el alma de N... ¡Que nuestras oraciones y vuestra conmiseración endulcen la amargura de los padecimientos que sufre por no haber tenido el valor de esperar el fin de sus pruebas!

Buenos Espíritus cuya misión es asistir a los infelices, tomadle bajo vuestra protección; inspiradle el arrepentimiento de su falta y que vuestra asistencia le dé la fuerza de soportar con más resignación las nuevas pruebas que tendrá que sufrir para repararla. Separad de él a los malos Espíritus que podrían de nuevo llevarlo al mal y prolongar sus sufrimientos, haciéndole perder el fruto de sus futuras pruebas.

Tú, cuya desdicha es el objeto de nuestras oraciones, ¡que nuestra conmiseración endulce tus amarguras y haga nacer en ti la esperanza de un porvenir mejor! Este porvenir está en tus manos; confía en la bondad de Dios, cuyo seno está abierto a todos los arrepentidos, y sólo permanece cerrado a los corazones endurecidos.

PARA LOS ESPÍRITUS ARREPENTIDOS

73. PREFACIO. Sería injusto colocar en la categoría de los malos Espíritus a los que sufren y arrepentidos, que piden oraciones; éstos han podido ser malos, pero ya no lo son, desde el momento que reconocen sus faltas y sienten haberlas cometido; sólo son desdichados y algunos comienzan a gozar de una felicidad relativa.

74. ORACIÓN. Dios de misericordia, que aceptáis el arrepentimiento sincero del pecador, encarnado o desencarnado, aquí tenéis un Espíritu que se ha complacido en el mal, pero que reconoce sus faltas y entra en el buen camino; dignaos Dios mío, recibirle como a un hijo pródigo y perdonadle.

Buenos Espíritus, cuya voz él desconoció, de aquí en adelante quiere escucharos; permitid que pueda entrever la felicidad de los elegidos del Señor, a fin de que persista en el deseo de purificarse para alcanzarla; sostenedle en sus buenas resoluciones y dadle fuerza para resistir sus malos instintos.

Espíritu de N... os felicitamos por vuestra conversión y damos gracias a los buenos Espíritus que os han ayudado.

Si antes os complacíais en hacer el mal, fue porque no comprendíais cuán dulce es el goce de hacer

el bien; os considerabais también demasiado bajo para poder conseguirlo. Pero desde el instante en que os pusisteis de pie en el buen camino, una luz se hizo para vos; comenzaste a disfrutar de una felicidad desconocida y la esperanza entró en vuestro corazón. Es que Dios escucha siempre la oración del pecador arrepentido y no rechaza a ninguno de los que vienen a él.

Para entrar completamente en gracia junto a Él, aplicaos desde hoy en adelante. No sólo a no hacer el mal, sino hacer el bien y sobre todo a reparar el mal que habéis hecho; entonces habréis satisfecho a la justicia de Dios; cada buena acción borrarán una de vuestras faltas pasadas.

El primer paso está dado; ahora, cuanto más avancéis, tanto más fácil y agradable os será el camino. Perseverad, pues, y un día tendréis la gloria de ser contado entre los buenos Espíritus y los Espíritus felices.

PARA LOS ESPÍRITUS ENDURECIDOS

75. PREFACIO. Los malos Espíritus son aquellos que el arrepentimiento aún no los conmovió; que se complacen en el mal y no sienten por ello ninguna pena; que son insensibles a las amonestaciones, rechazan la oración y algunas veces

blasfeman del nombre de Dios. Son aquellas almas endurecidas que, después de la muerte, se vengán, en los hombres por los tormentos que sufren y persiguen con su odio a aquellos a quien odiaron durante su vida, sea por la obsesión sea por cualquier falsa influencia. (Cap. X, número 6; cap. XII, números 5 y 6).

Entre los Espíritus perversos hay dos categorías muy distintas: los que son francamente malos y los que son hipócritas. Los primeros son muchísimo más fáciles de conducir al bien que los segundos, que son generalmente, de naturaleza bruta y grosera, como se ven entre los hombres, que hacen el mal más por instinto que por cálculo y no pretenden pasar por mejores de lo que son; pero hay en ellos un germen latente que es necesario hacer brotar, lo que se consigue, casi siempre, con la perseverancia, la firmeza unida a la benevolencia, con los consejos, los razonamientos y la oración. En la mediumnidad, la dificultad que tienen en escribir el nombre de Dios es indicio de un temor instintivo, de una voz íntima de la conciencia que les dice que son indignos de ello. Aquel con quien ocurre esto, está en el umbral de la conversión y se puede esperar todo de él: basta encontrar el punto vulnerable del corazón.

Los Espíritus hipócritas casi siempre son muy inteligentes, pero no tienen en el corazón ninguna fibra sensible; nada les conmueve; fingien todos los buenos

sentimientos para captarse la confianza y son felices cuando encuentran incautos que les aceptan como santos Espíritus y que pueden gobernarles a su gusto. El nombre de Dios, lejos de inspirarles el menor temor, les sirve de máscara para cubrir sus torpezas. En el mundo invisible así como en el mundo visible, los hipócritas son seres más perjudiciales porque trabajan ocultamente y no se sospecha de ellos. Sólo tienen las apariencias de la fe, pero ninguna fe sincera.

76. ORACIÓN. Señor, dignaos mirar bondadosamente a los Espíritus imperfectos que aún están en las tinieblas de la ignorancia y os desconocen, y particularmente al de N...

Buenos Espíritus, ayudadnos a hacerlo comprender que induciendo a los hombres al mal, obsesándoles y atormentándoles, prolonga sus propios sufrimientos; haced que el ejemplo de felicidad que vosotros gozáis sea un estímulo para él.

Espíritus que os complacéis aún en el mal, acabáis de oír la oración que hicimos por vos; ella debe probaros que deseamos hacerlos el bien, aunque hagáis el mal.

Sois infelices, porque es imposible ser feliz haciendo el mal; ¿por qué, pues, permanecer en pena cuando depende de vosotros salir de ella? Oservad a los buenos Espíritus que os rodean; ved cuán felices

son y si no sería más agradable para vosotros gozar de la misma felicidad.

Diréis que eso os es imposible, pero nada hay imposible para el que quiere, porque Dios os dio, como a todas sus criaturas, la libertad de elegir entre el bien y el mal, es decir, entre la felicidad y la infelicidad; nadie está condenado al mal. Si tenéis la voluntad de hacerlo, podéis tener la de hacer el bien y de ser felices.

Volved vuestras miradas hacia Dios, elevaos un solo instante hasta Él con el pensamiento y un rayo de su divina luz vendrá a esclareceros. Decid con nosotros estas simples palabras: *¡Oh Dios, me arrepiento, perdonadme!* Probad el arrepentimiento y haced el bien, en vez de hacer el mal y veréis que pronto su misericordia se extenderá sobre vosotros y que un bienestar desconocido vendrá a reemplazar las angustias que sentís.

Una vez que hayáis dado un paso en el buen camino, el resto del recorrido os parecerá fácil. Entonces comprenderéis cuanto tiempo perdisteis, por vuestra falta de felicidad; pero un futuro radiante y lleno de esperanza se abrirá ante vos y os hará olvidar vuestro miserable pasado, lleno de turbación y de tormentos morales que serían para vos el infierno si debiesen durar eternamente. Vendrá día en que esos tormentos serán tales que quisierais a cualquier precio hacerlos cesar; pero cuanto más esperareis, más difícil os será eso.

No creáis que permaneceréis siempre en el estado en que estáis; no, eso es imposible; tenéis ante vos dos perspectivas: una es la de sufrir mucho más de lo que sufrís ahora, la otra de ser feliz como los buenos Espíritus que están a vuestro alrededor; la primera es inevitable si persistís en vuestra obstinación y un simple esfuerzo de vuestra voluntad basta para sacaros de la mala situación en que estáis. Apresuraos, pues, porque cada día de atraso es un día perdido para vuestra felicidad.

Buenos Espíritus, haced que estas palabras encuentren acceso en esa alma aún atrasada, a fin de que la ayuden a acercarse a Dios. Así os lo suplicamos en nombre de Jesucristo, que tan gran poder tiene sobre los Espíritus malos.

V – ORACIONES PARA LOS ENFERMOS Y LOS OBSESOS

PARA LOS ENFERMOS

77. PREFACIO. Las enfermedades son parte de las pruebas y de las vicisitudes terrestres; son inherentes a la imperfección de nuestra naturaleza material y a la inferioridad del mundo en que habitamos. Las pasiones y los excesos de todas clases siembran en nosotros gérmenes malsanos, frecuentemente

hereditarios. En mundos más avanzados física y moralmente, el organismo humano, más purificado y menos material, no está sujeto a las mismas enfermedades y el cuerpo no está minado sordamente por los estragos de las pasiones. (Cap. III, número 9). Es menester, pues, resignarse a sufrir las consecuencias del centro en que nos coloca nuestra inferioridad, hasta que hayamos merecido cambiarlo. Entretanto consigamos el mérito, eso no nos debe impedir hacer lo que dependa de nosotros para mejorar nuestra posición actual; pero si a pesar de nuestros esfuerzos, no podemos llegar a ello, el Espiritismo nos enseña a soportar con resignación nuestros males pasajeros.

Si Dios no hubiese querido que los sufrimientos corporales fueran disipados o aliviados en ciertos casos, no habría puesto medios curativos a nuestra disposición. Su previsoría solicitud, con respecto a esto, de acuerdo con el instinto de conservación, indica que está en nuestro deber buscarlos y aplicarlos.

Al lado de la medicación ordinaria, elaborada por la Ciencia, el Magnetismo nos hizo conocer el poder de la acción fluídica; después el Espiritismo vino a revelarnos otra fuerza en la *mediumnidad curadora* y la influencia de la oración. (Véase en el cap. XXVI, información sobre la mediumnidad curativa).

78. ORACIÓN. (Para que la diga el enfermo).

Señor, sois todo justicia; la enfermedad que habéis querido enviarme debo merecerla, porque jamás hacéis sufrir sin causa. Para mi curación, yo me entrego a vuestra infinita misericordia; si os place volverme la salud, que vuestro santo nombre sea bendito; si por el contrario debo sufrir aún, que así mismo sea bendito; me someto sin murmurar a vuestros divinos decretos, porque todo lo que haréis no puede tener otro objeto que el bien de vuestras criaturas.

Haced, Dios mío, que esta enfermedad sea para mí un aviso saludable y me lleve a meditar sobre mí mismo; la acepto como una expiación del pasado y como una prueba de mi fe y sumisión a vuestra santa voluntad. (Véase la Oración número 40).

79. ORACIÓN. (Para el enfermo). Dios mío, vuestros designios son impenetrables, y en vuestra sabiduría creísteis un deber afligir a N... con la enfermedad. Os suplico echéis una mirada de compasión sobre sus sufrimientos y os dignéis ponerles un término.

Buenos Espíritus, ministros del Todopoderoso, os ruego que secundéis mi deseo de aliviarle; dirigid mi pensamiento, a fin de que vaya a derramar un bálsamo saludable en su cuerpo y el consuelo en su alma.

Inspiradle la paciencia y la sumisión a la voluntad de Dios, dadle fuerza para sobrellevar sus

dolores con resignación cristiana a fin de que no se pierda el fruto de esta prueba. (Véase la Oración número 57).

80. ORACIÓN. (Para ser pronunciada por el médium de curación). Dios misericordioso, si os dignáis serviros de mí, aun cuando soy indigno puedo curar este sufrimiento si tal es vuestra voluntad, porque tengo fe en vos; sin vos nada puedo. Permitid a los buenos Espíritus que me penetren con su fluido saludable, a fin de que lo trasmita a este enfermo, y alejad de mí todo pensamiento de orgullo y de egoísmo que pudiera alterar su pureza.

PARA LOS OBSESOS

81. PREFACIO. La obsesión es la acción persistente que un mal Espíritu ejerce sobre un individuo. Presenta caracteres muy diferentes, desde la simple influencia moral, sin señales exteriores sensibles, hasta la perturbación completa del organismo y de las facultades mentales. Oblitera todas las facultades medianímicas; en la mediumnidad por la escritura, se conoce por la obstinación de un Espíritu en manifestarse, con exclusión de todos los otros.

Los Espíritus malos pululan alrededor de la Tierra a consecuencia de la inferioridad moral de sus habitantes. Su acción malhechora forma parte de las

plagas que la Humanidad sufre en este mundo. La obsesión, como las enfermedades y todas las tribulaciones de la vida, debe, pues, ser considerada como una prueba o una expiación, y aceptada como tal.

De la misma manera que las enfermedades son resultado de las imperfecciones físicas que hacen al cuerpo accesible a las influencias perniciosas exteriores, la obsesión lo es siempre de una imperfección moral que lo expone a un mal Espíritu. A una causa física se opone una fuerza física: a una causa moral, es preciso oponer otra fuerza moral. Para precaver las enfermedades se fortifica el cuerpo; para precaverse de la obsesión, es preciso fortificar el alma. De ahí, para el obseso la necesidad de trabajar por su propia mejoría, lo que muchas veces basta para librarse del obsesor, sin el socorro de personas extrañas. Este socorro se hace necesario cuando la obsesión degenera en subyugación y en posesión, porque, entonces, el paciente pierde a veces su voluntad y su libre albedrío.

La obsesión es casi siempre el resultado de una venganza ejercida por un Espíritu y lo más a menudo tiene su origen en las relaciones que el obseso tuvo con él en una existencia precedente. (Cap. X, número 6; cap. XII, números 5 y 6).

En los casos de obsesión grave, el obseso está

como envuelto e impregnado de un fluido pernicioso que neutraliza la acción de los fluidos saludables y los rechaza. De este fluido es preciso desembarazarle, y un mal fluido no puede ser rechazado por otro fluido malo. Por una acción idéntica a la del médium de curación en los casos de enfermedad, es menester expulsar el fluido malo con la ayuda de un fluido mejor, que en cierto modo produce el efecto de un reactivo. Esta es la acción mecánica, pero no basta; también y sobre todo, es necesario *obrar sobre el ser inteligente*, con el cual es preciso tener el derecho de hablar con autoridad y esta autoridad corresponde sólo a la superioridad moral: cuanto más grande es ésta, tanto mayor es la autoridad.

Eso no es todo; para asegurar la liberación es preciso llevar al Espíritu perverso a renunciar a sus malos designios; es menester hacer nacer en él el arrepentimiento y el deseo del bien, con ayuda de instrucciones hábilmente dirigidas, en las evocaciones particulares hechas con vista a su educación moral; entonces, puede tenerse la doble satisfacción de librar a un encarnado y de convertir a un Espíritu imperfecto.

La tarea se hace más fácil cuando el obseso, comprendiendo su situación, presta su concurso con la voluntad y la oración; no sucede lo mismo cuando

éste seducido por el Espíritu engañador se hace ilusiones sobre las cualidades del que le domina, complaciéndose en el error en que le tiene este último, porque entonces, lejos de secundar, rechaza toda asistencia. Es el caso de la fascinación, siempre infinitamente más rebelde que la subyugación más violenta. (*El libro de los médiums*, cap. XIII).

En todos los casos de obsesión, la oración es un poderoso auxiliar para obrar contra el Espíritu obsesor.

82. ORACIÓN. (Para ser pronunciada por el obseso). Dios de justicia, permitid a los buenos Espíritus que me libren del Espíritu malhechor que se ha unido a mí. Si es una venganza que ejerce por injusticias que le habré hecho en otro tiempo, vos lo permitís, Dios de bondad, para mi castigo y sufro la consecuencia de mi falta. ¡Qué mi arrepentimiento merezca vuestro perdón y mi liberación! Pero cualquiera que sea el motivo que tenga, solicito vuestra misericordia para él. Dignaos facilitarle el camino del progreso, que le desviará del pensamiento de hacer el mal. Que por mi parte, volviéndole bien por mal, pueda conducirlo a mejores sentimientos.

Mas yo sé también, ¡oh Dios mío!, que mis imperfecciones son las que me hacen accesible a las influencias de los Espíritus imperfectos. Dadme la luz

necesaria para reconocerlas y, sobre todo, combatid en mí el orgullo que me ciega para que no vea mis defectos.

¡Cuán grande debe ser mi indignidad, puesto que un ser malhechor puede enseñorearse de mí!

Haced, ¡oh Dios!, que este revés para mi vanidad me sirva de lección para el futuro; que él me fortalezca en la resolución que tomo de purificarme por la práctica del bien, de la caridad y de la humildad, con el fin de oponer de hoy en adelante una barrera a las malas influencias.

Señor, dadme fuerza para soportar esta prueba con paciencia y resignación; comprendo que, como todas las otras pruebas, debe ella ayudar a mi adelantamiento si no pierdo su utilidad con mi murmuración, puesto que me proporciona la ocasión de manifestar mi sumisión y de ejercer la caridad hacia un hermano infeliz, perdonándole el mal que me hizo. (Cap. XII, números 5 y 6; cap. XXVIII, números 15 y siguientes, 46 y 47).

83. ORACIÓN. (Para el obseso). Dios Todopoderoso, dignaos darme el poder para liberar a N... del Espíritu que le obsesa; si entra en vuestros designios poner término a esta prueba, concededme la gracia de hablarle con autoridad.

Buenos Espíritus que me asistís, y vos, su ángel

de la guarda, prestadme vuestro auxilio y ayudadme a desembarazarle del fluido impuro que le envuelve.

En nombre de Dios Todopoderoso, conjuro al Espíritu malhechor que le atormenta a que se retire.

84. ORACIÓN. (Para el Espíritu obsesor) Dios infinitamente bueno, imploro vuestra misericordia para el Espíritu que obsesa a N... hacédle entrever las divinas claridades, a fin de que él vea el falso camino en que está empeñado. Buenos Espíritus, ayudadme a hacerle comprender que tiene todo para perder haciendo el mal y todo para ganar haciendo el bien.

Espíritu que os complacéis en atormentar a N..., escuchadme porque os hablo en nombre de Dios.

Si quisierais reflexionar, comprenderéis que el mal no puede imponerse al bien, y que no podéis ser más fuerte que Dios y los buenos Espíritus.

Ellos podrían haber preservado a N... de toda persecución por vuestra parte; si no lo han hecho es porque él (o ella) debía sufrir esta prueba. Pero cuando esta prueba se concluya, os quitarán toda acción sobre él; el mal que le habéis hecho, en lugar de perjudicarlo, servirá para su adelantamiento y con ello será más feliz; así vuestra maldad habrá sido una pura pérdida para vos y revertirá sobre vos mismo.

Dios, que es todopoderoso y los Espíritus

superiores sus delegados, que son más poderosos que vos, podrán, pues, poner término a esta obsesión cuando quieran y vuestra tenacidad se estrellará contra esa suprema autoridad. Mas, por el hecho mismo de que Dios es bueno, quiere dejaros el mérito de que ceséis por vuestra propia voluntad. Es una moratoria que se os concede; si no os aprovecháis de ella sufriréis sus deplorables consecuencias; grandes castigos y crueles sufrimientos os esperan; os veréis forzado a implorar su piedad y las oraciones de vuestra víctima, que ya os perdona y ora por vos, lo que es un gran mérito a los ojos de Dios y apresurará su liberación.

Reflexionad, pues, mientras hay tiempo aún, porque la Justicia de Dios caerá sobre vos, como sobre todos los Espíritus rebeldes. Pensad que el mal que hacéis en este momento tendrá forzosamente un término, mientras que si os obstináis en vuestro endurecimiento, vuestro sufrimientos aumentarán sin cesar.

Cuándo estabais en la Tierra, ¿no os hubiera parecido estúpido el sacrificar un gran bien por una pequeña satisfacción del momento? Lo mismo sucede ahora que sois Espíritu. ¿Qué ganáis con lo que hacéis? El triste placer de atormentar a alguno, lo que no os impide ser infeliz y cualquier cosa que podáis decir, os hará más infeliz aún.

Al lado de eso, ved lo que perdéis; mirad a los buenos Espíritus que os rodean y ved si su suerte no es preferible a la vuestra. Participaréis de la felicidad que ellos gozan cuando lo queráis. ¿Qué es necesario para eso? Implorar a Dios y hacer el bien, en lugar de hacer el mal. Yo sé que no podéis transformaros de repente; pero Dios no pide nada imposible; lo que quiere es la buena voluntad. Probadlo, pues, y os ayudaremos. Haced que muy pronto podamos decir por vos la oración de los Espíritus arrepentidos (número 73), y no tengamos que colocaros más entre los Espíritus malos, hasta que podáis estar entre los buenos.

(Véase también la número 75, Oración para los Espíritus endurecidos)

Nota: La curación de las obsesiones graves requiere mucha paciencia, perseverancia y abnegación; exige también tacto y habilidad para conducir al bien a los Espíritus, a menudo muy perversos, endurecidos y astutos, porque los hay rebeldes al último grado; en la mayor parte de los casos es menester guiarse según las circunstancias; pero cualquiera que sea el carácter del Espíritu, es un hecho cierto que no se obtiene nada por la fuerza o por la amenaza; toda la influencia está en el ascendiente moral. Otra verdad igualmente constatada por la

experiencia, lo mismo que por la lógica, *es la completa ineficacia de los exorcismos, fórmulas, palabras sacramentales, amuletos, talismanes, prácticas exteriores o cualquiera otra señal material.*

La obsesión muy prolongada puede ocasionar desórdenes patológicos y requiere algunas veces un tratamiento simultáneo o consecutivo, sea magnético, sea médico, para restablecer el organismo. Estando destruida la causa, falta combatir los efectos. (Véase *El libro de los médiums*, cap. XXIII, De la obsesión; *Revista Espírita*, febrero y marzo de 1864, y de abril de 1865: Ejemplos de curas de obsesiones).